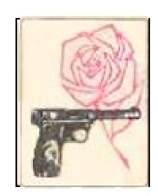


# Brigitte EN ACCION

## Lou Carrigan

# Felicidad por televisión

Número Uno y Brigitte están pasando unos días en Villa Tartaruga cuando les llega una noticia que no puede ser más insólita: alguien se está preocupando por la felicidad ajena, por la felicidad de los demás seres humanos. Naturalmente, Baby y Uno se interesan por el tema, dispuestos a ofrecer su colaboración entusiasta. Pronto se enteran de que esas almas bondadosas son los integrantes de la TVEF, esto es, la Televisión Emisaria de la Felicidad, una emisora que difunde programas de paz, amor y concordia además de publicar algunas noticias que resultan poco agradables y difundir unas consignas poco recomendables en sus programas televisados. Desconcertados y desconfiados entran en acción directa.




Lou Carrigan

# Felicidad por televisión

## Brigitte en acción - 335

**ePub r1.1**
**Titivillus** 25.10.2017

Lou Carrigan, 1982
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



# Brigitte
# EN ACCION



# Capítulo primero

—Es extraordinario que en este tiempo todavía broten rosas —dijo Brigitte. Número Uno se quedó mirándola con una expresión entre divertida e irónica.

—Estás en Malta, no en Nueva York —le recordó.

—Sé muy bien que estoy en Malta. Y concretamente en cierto lugar llamado Villa Tartaruga, donde es amo y señor el todopoderoso *signore* Angelo Tomasini, amigo personal e íntimo del presidente de la República. Por cierto —un destello malicioso apareció en los bellísimos ojos de Brigitte—… que empiezo a pensar que ya llevo demasiado tiempo aquí.

—De acuerdo —frunció el ceño Número Uno—: acabas de vengarte por recordarte que se está mejor en Malta que en Nueva York. Pero supongo que eso de que llevas demasiado tiempo aquí no lo habrás dicho en serio. Sólo hace tres días.

—¿Y no te parece mucho tiempo tres días?

—Según se mire. Cuando estás tú, es poco tiempo; cuando no estás tú es mucho tiempo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Brigitte, abriendo mucho los ojos—. ¡Acabas de decirme una cosa bonita, mi amor!

—Ha sido un desliz.

Brigitte rió, dejó de contemplar las rosas todavía en capullo, se acercó a Número Uno, y se colgó de su cuello. Angelo Tomasini, Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos, rodeó la esbelta cintura de Brigitte con sus brazos, y miró aquellos ojos en los que se reflejaba un amor que, en ocasiones, lo sobrecogía. Amar tan intensamente es peligroso: una persona puede sobreponerse mejor o peor a la pérdida de un amor corriente, pero nunca a la pérdida de un amor que lo significa todo en la vida.

—Confiesa ahora mismo que no ha sido un desliz —susurró Brigitte—… ¡Confiésalo ahora mismo, espía! Repite conmigo: no ha

sido un desliz, ha sido la expresión fiel de mis pensamientos y sentimientos.

Número Uno extendió bien las manos, separó los dedos, apretó suavemente la cintura de Brigitte, notando la carne tibia y elástica bajo el viejo jersey azul suelto y ligero que él mismo le había regalado tiempo atrás para trabajar en el jardín de la magnífica mansión cercana a La Valetta, en la isla de Malta. Un jersey de cuello redondo, que dejaba ver la garganta de Brigitte, que modelaba las formas de sus hombros, que se abultaba deliciosamente en el pecho, marcando el contorno de los hermosísimos senos de Brigitte…, que ahora se aplastaban contra el pecho de él, dulcemente.

Hacía sol, el aire era tibio, la atmósfera diáfana. Llevaban un rato trabajando en el jardín, los dos con viejas ropas cómodas y siempre elegantes, deportivas, de calidad. Hacía sol, se olía a flores y a tierra, a hierba fresca.

Hacía sol, que se reflejaba en las aguas de la piscina, en la blancura de las paredes de Villa Tartaruga…, en los ojos de Brigitte Montfort, alias Baby, la más astuta, implacable, audaz espía jamás nacida.

Y el sol, el aire tibio, las flores…, y sobre todo el cuerpo de Brigitte entre sus brazos, no podía soportarlo ni siquiera el hermético, impasible, generalmente adusto Número Uno, que, lentamente, susurró:

—No ha sido un desliz, ha sido la expresión fiel de mis pensamientos y sentimientos… Brigitte, te amo tanto que a veces resulta insoportable.

—Bueno —murmuró ella—, hay cosas más difíciles de soportar.

Se apretó más contra él, y entreabrió los labios. Número Uno se inclinó a besarlos, y recibió el tibio aliento de Brigitte… ¡Qué hermosa era la vida!

Mientras la besaba, era como si jamás pudiese ocurrir nada malo en el mundo, era como si la vida fuera solamente eso: amar.

Número Uno deslizó las manos bajo el jersey, y sus manos acariciaron la espalda de Brigitte, despacio, apretando suavemente la carne que parecía seda… Ella separó su boca, y susurró:

—Si haces eso… tendremos que volver a hacer el amor.

—Verdaderamente repugnante —dijo Uno.

Y continuó acariciando la espalda de Brigitte; ella le besó rápidamente en los labios, y se apartó, riendo.

—¡Tenemos que terminar todo esto antes del almuerzo! Nunca acabaré de saber lo suficiente de jardinería si en lugar de enseñarme te dedicas a… a otras cosas.

—Hay que saber elegir. Y yo he elegido el amor con preferencia a la jardinería. Quizá porque mi jardín siempre lo tengo a mi disposición, y el amor no.

—¡Ya empiezas de nuevo con tus reproches!

—No son propiamente reproches —negó Uno—, sino el triste lamento de un apasionado enamorado.

—¡Cielos! ¡Estás maravilloso esta mañana! —rió Brigitte—. ¡Seguramente, hasta podrías escribir versos!

—Quizá lo haya hecho ya.

—¡Oh, no! —Abrió de nuevo mucho los ojos Brigitte—. ¡No me digas que has escrito unos versos de amor y todavía no me los has dado a leer!

—Nunca escribiría algo tan íntimo. Me basta amarte, y no considero necesario decirlo.

—¡Pues más de una vez me lo has dicho!

—Debilidades del corazón, que hacen perder la razón.

—¡Ahora mismo acabas de hacer unos versos!

—Debe de ser debido a los estímulos que crean tu presencia.

—¡Pero…! ¡Y ahora has dicho una frase romántica! Mi amor, estás siendo tan amable que te estás mereciendo que sea yo en lugar de *Mamma* Maria quien prepare el almuerzo.

—¡Oh, no! —gimió Uno, llevándose las manos a la cabeza.

—Vaya… ¡Ahora no has sido nada amable! Parece como si sólo fuese satisfactoria para ti en lo referente al amor.

—A decir verdad —casi sonrió Número Uno—, te prefiero como compañera de amor que como cocinera.

—¡Eres un antipático!

—No. Al contrario, acabo de ser amable y romántico de nuevo. Y te diré por qué: cualquier mujer puede cocinar para mí, y hasta puedo hacerlo yo mismo; pero ninguna mujer del mundo podría darme lo que tú me das.

Brigitte se quedó unos segundos con la boca abierta. Luego, movió la cabeza.

—Hoy estás invencible en tu dialéctica. Me rindo incondicionalmente. ¡Haz de mí lo que quieras, soy tu esclava!

—En ese caso, te ordeno que pases el resto de tu vida en este lugar.

—¡Entendido! Pero cuando surgiese algún asunto que a ti te interesara, me dejarías aquí como una niña buena y te irías por ahí a jugarte la vida. Y yo no… ¡A propósito! ¡Todavía no me has dicho qué fuiste a hacer al Norte de África cuando me dejaste abandonada en Nueva York[1]!

—No te dejé abandonada. Simplemente, tenía algo que hacer que me interesaba mucho.

—¡Más que estar conmigo!

—No. Pero deseaba hacerlo.

—Muy bien. ¿Y qué hiciste?

—Fue una información falsa. Estuve en el Norte de África, en efecto, pero no conseguí mi objetivo.

—¿Qué objetivo?

—Supongo que no tendré más remedio que decírtelo, porque eres una espía de tal magnitud que acabarías por descubrirlo por ti misma.

—¿Te estás burlando de mí?

—Solamente un loco se burlaría de la agente Baby… ¿Quieres saber qué fui a hacer al Norte de África? De acuerdo: fui en busca de una emisora de televisión. Una emisora muy especial… Pero no vamos a estar hablando de pie, ¿verdad?

—No me extraña que estés fatigado —rió ella.

Número Uno tomó entre sus manos el rostro de Brigitte, y la besó en los ojos y en los labios.

Luego, abrazados por la cintura, se dirigieron hacia un banco pintado de blanco, reluciente al sol. Él se sentó, y ella lo hizo en sus rodillas, ambos recibiendo de lleno la luz y el calor del sol.

—Es una emisora que emite programas destinados a fomentar la felicidad de los seres humanos —dijo Número Uno.

—¿Qué? —exclamó Brigitte, atónita.

—Por supuesto, es una emisora clandestina. Supongo que estás al corriente de que hay funcionando en Italia varias emisoras clandestinas que emiten programas pornográficos.

—En efecto —asintió fríamente Brigitte.

—¿Te molesta eso?

—Mucho. Seguramente, soy vulgar, pero no puedo olvidar que un programa de televisión está al alcance de cualquiera que tenga un aparato de televisión…, incluidos los niños. Inevitablemente, esos programas pornográficos deben de ser vistos por muchos niños, aunque los emiten a medianoche.

—Los niños también tienen sexo, Brigitte.

—De otro modo, no lo tendríamos al ser adultos —asintió la divina espía, sonriendo—… ¡Y eso sería terrible! Sin embargo, creo sinceramente que los niños deben aprender todo lo relativo al sexo de un modo más… didáctico, más apropiado. Inexcusablemente, deben saber todo lo relativo al sexo, pues forma parte de su cuerpo con la misma legitimidad y con los mismos derechos que todos los demás órganos. Sería absurdo negarlo. Y una gran estupidez, naturalmente. Si utilizamos la vista, el olfato, el gusto, y el corazón y los pulmones, sería propio de deficientes mentales negarle su funcionamiento al sexo…, que por otra parte contribuye no poco a la felicidad y a la alegría de vivir. No usar el sexo sería como… como si uno tuviera un automóvil y decidiera usar sólo tres ruedas e inutilizar la cuarta. El automóvil funciona con cuatro ruedas; el cuerpo funciona con el sexo, o, mejor dicho, el sexo funciona con el resto del cuerpo. De acuerdo en todo. Pero creo que la pornografía no es el mejor sistema de enseñanza para los niños.

—¿Y para los mayores? —sonrió Uno.

—Bueno, los mayores pueden hacer lo que gusten en la intimidad. Mira, ni siquiera estoy en contra totalmente de las revistas y filmes pornográficos, pero eso de la televisión… Francamente, no me gusta. Tú y yo podemos hacer lo que queramos…, pero no tenemos por qué filmarlo para que lo vean unos niños. ¿Te parezco vulgar?

—Me pareces razonable.

—Gracias. Pero dejemos la pornografía y esas emisoras que la emiten rivalizando ferozmente por ofrecer los programas más… interesantes. Me estabas hablando de una emisora que televisión que emite programas destinados a fomentar la felicidad de los seres humanos. Y claro, lo has dicho en serio.

—Sí.

—Pasmoso. ¿Y para qué quieres localizar esa emisora?

—Adivínalo. No debe de costarte mucho esfuerzo: eres la mujer más inteligente que conozco.

—Y tengo otras ventajas —rió Brigitte—: que te conozco muy bien y que soy muy intuitiva. Vamos a ver: ¿estás buscando esa emisora para ofrecerle tus servicios?

—Exactamente. En principio, sí.

—¿En principio? ¿Qué quieres decir?

—Se me ocurrió que si las intenciones de esa emisora son buenas, merecen mis servicios. Y si las intenciones, en el fondo, son malas, merecen… una llamada de atención.

—Lo que significa que te estás convirtiendo en un justiciero.

—Hay un refrán español que dice: dime con quién andas, y te diré quién eres. Y como yo ando contigo, y tú te pasas la vida intentando arreglar este mundo, pues… me has contagiado.

—También te he contagiado otras cosas, como por ejemplo, un poco de esperanza en la Humanidad… y una gran capacidad de amar. ¿Sabes qué me has contagiado tú a mí?

—¿Yo a ti? —Uno la miró vivamente interesado—. ¿Qué te he contagiado?

—Amor por las flores —rió de nuevo Brigitte—…, y una cierta desconfianza hacia todo cuanto me rodea. Digamos que poco a poco voy perdiendo una pizca de mi ingenuidad natural. Pero supongo que eso, cuando menos, es prudente en mi trabajo de espía. Y ahora, dime por qué desconfías de las buenas intenciones de esa emisora.

—No, no… No es que desconfíe: sólo quiero estar seguro de sus intenciones.

—Ya. Zambomba, como diría el buen Frankie: ¡una emisora que fomenta la felicidad! ¿Y cómo lo hacen?

—Emiten su programa dos veces por semana, los miércoles y los sábados. ¿No te gustaría ver el de hoy?

—¡Ah! ¿Hoy es sábado?

—Miércoles.

—Ya no sé ni el día en que vivo.

—Eso puede ser causado por un exceso de felicidad.

—¡Nunca hay exceso de felicidad!

Número Uno besó la garganta de Brigitte, que se estremeció.

—Eso mismo pienso yo —asintió el espía—: nunca hay exceso

de felicidad. Y se me ocurre que si esta noche vemos el programa quizás aprendamos cómo ser todavía un poco más felices.

—¡Oh, sí! ¡Sí, sí!

—Claro que si prefieres que veamos uno de los programas pornográficos…

—Bueno —sonrió Brigitte—…, me parece que de esas cosas no tengo necesidad de recibir instrucciones. ¡Pero me gustaría muchísimo que alguien fomentase mi felicidad!

* * *

—Amado público, muy buenas noches —dijo el locutor—. Les habla Anton Yelikov, para…

Sentada en el sofá ante el gran televisor en color, Brigitte soltó un respingo y volvió la cabeza hacia Número Uno.

—¡Es un ruso! —exclamó.

—Sí: es un ruso.

Brigitte parpadeó. Entendía a Número Uno: sí, era un ruso… ¿Y qué? Volvió a mirar la pantalla, donde se veía nítidamente el rostro del llamado Anton Yelikov, encargado del programa en su versión italiana. Anton Yelikov parecía tener unos cuarenta años, llevaba los cabellos largos, tenía el cuello muy musculado, la boca grande y firme, la frente despejada, y unos grandes, inteligentes, serenos ojos de un azul intensamente claros y en los que se reflejaba, sobre todo y por encima de todo, una paz y un sosiego indescriptibles. Era hermoso, viril, sólido, felino. Era un hombre indiscutiblemente especial, un fuera de serie.

—… por muy diversos caminos. Ciertamente —seguía hablando Yelikov—, la sociedad mundial ha sido organizada de tal modo que no parece posible alcanzar la felicidad si no se tiene lo que llamamos dinero. Eso es cierto en muy buena parte, pero siempre por causas que definen nuestra desdicha. El ser humano necesita dinero porque sin él no puede alcanzar determinadas cotas de bienestar social, de educación, de desarrollo de sus calidades y cualidades humanas. Y esto le parecería bien a la TVEF, esto es, la Televisión Emisaria de la Felicidad, si el dinero estuviese al alcance de todos y sirviese solamente como un recurso distributivo, como un sistema… burocrático oficial estatal que garantizase que todos y

cada uno de nosotros puede adquirir los bienes materiales que necesita. Pero no es así. El dinero ha sido acumulado por determinados grupos de la Humanidad, y lo están utilizando para sojuzgar, explotar y humillar al ser humano. Así, quien tiene gran cantidad de dinero, sabe que puede presionar a quienes no lo tienen en su misma cuantía, y mucho más, claro está, a quienes no lo tienen en absoluto y, por tanto, han de ganarlo con trabajo, con su esfuerzo personal.

»Y éste es el quid de la cuestión. La desdicha del ser humano es, simplemente, el trabajo. Y no porque el trabajo sea malo en sí mismo, por supuesto. El ser humano tiene como estigma la necesidad de trabajar para procurarse sus necesidades: no podrá comer si no cultiva la tierra, ni viajar con comodidad si no fabrica automóviles o aviones, ni abrigarse si no fabrica tejidos… Es inevitable. Lo que no es inevitable es la explotación sistemática de unos seres por otros. Pongamos como ejemplo el caso de un minero; este hombre trabaja privándose de la luz del sol durante un determinado número de horas para ganar una cantidad que nunca le permitirá liberarse de la mina hasta que sus condiciones físicas o su edad así lo determinen. Mientras tanto, a plena luz del sol, viven seres iguales a él que disfrutan de todo lo hermoso y agradable de la vida, sin hacer nada. Tienen dinero, pero no hacen nada. No producen carbón o cobre, ni alimentos, ni ropas, ni medicamentos… No hacen nada más que tener dinero, y disfrutar de todo lo que éste puede proporcionarles. El minero produce carbón, el agricultor produce cereales y frutas. El que tiene dinero no produce nada para sus semejantes, y, en cambio, disfruta de todo lo que éstos producen. Él no aporta nada a la Humanidad. ¿Aporta el capital? Tener dinero es sólo una circunstancia, y generalmente, los que tienen mucho dinero lo han conseguido con el esfuerzo ajeno. Estoy hablando, naturalmente, de grandes cantidades de dinero. ¿Qué hacen los que tienen dinero? Su único esfuerzo es conseguir más dinero. Es cierto que esto también requiere un determinado trabajo, pero, ni este trabajo es tan penoso como el del minero, ni la producción de más dinero es básicamente útil para la Humanidad, ya que se podría vivir sin dinero pero no sin comida…, y la comida la da la tierra, no el dinero. La tierra y el trabajo del ser humano.

»Sin embargo, no crean ustedes que estamos luchando contra el

capital, no… Nada más lejos de nuestras intenciones. Luchamos contra la mala distribución del capital, contra el implacable egoísmo de quienes, mientras están disfrutando de lo mejor del mundo, saben que otros seres humanos, en todo el mundo, están muriendo de hambre, de enfermedades…, y enfermando día a día de ignorancia. Una ignorancia que no les permite elevarse como seres humanos merecedores de todo cuanto hay en el mundo. Y al hablar de todo cuanto hay de bueno y hermoso en el mundo, llegamos al centro de nuestro mensaje de felicidad del día de hoy. Hemos dicho que la sociedad mundial ha sido organizada de tal modo que no parece posible alcanzar la felicidad si no se tiene lo que llamamos dinero. Pero… ¿realmente es así? Nosotros creemos que no. Vamos a dejar a un lado el egoísmo del capital, que nunca tiene bastante. Vamos a aceptar nuestro trabajo, nuestro sacrificio de unas horas de cada día mientras otros seres no se sacrifican en modo alguno; ellos son los malvados, no nosotros. Entonces, dejémoslos con su maldad y su capital, con su egoísmo y su crueldad que permite la muerte de cientos de miles de personas diariamente. Vamos a olvidarnos de ellos, y pensamos en nosotros. ¿No tenemos más remedio que trabajar? Trabajemos. Pero tenemos otras cosas, además del trabajo. Tenemos el amor, la amistad, la música, el mar y las flores, el sol y la risa, la sinceridad y la honestidad, y miles de cosas más que nos pueden proporcionar felicidad sin dinero alguno. Puesto que somos pobres en dinero, seamos ricos en felicidad. ¿Fue Tagore quien dijo que no debíamos llorar por haber perdido el sol, pues las lágrimas nos impedirían ver las estrellas? Veamos las estrellas. Gocemos de todo cuanto hay en el mundo que se puede conseguir sin dinero. Tenemos amigos, familiares, compañeros de trabajo, esposas, hijos… Tenemos la música. Podemos charlar, reír, comer, amar… Pregúntele a su vecino si puede ayudarle en algo, invite a sus amigos a escuchar su música preferida, pídale prestado el libro que a él tanto le gustó, enséñele a reír y aprenda de él a cantar, camine alegre bajo el sol y sobre la fresca hierba o la tierra reseca, pinte un cuadro, enseñe a pintar y aprenda a arreglar una avería eléctrica…, trabaje con la alegría de quien sabe que luego tiene muchas otras cosas, y hasta es posible que aprenda a amar su trabajo. Pero sobre todo, ame la vida y a todos quienes estamos en ella, porque no hacerlo así es dejarse

vencer por quienes inventaron el dinero, es dejarse vencer por el capital, es caminar de modo inapelable hacia la tristeza y la desdicha humanas. Uno de los objetivos más clásicos del capital es fomentar la desunión, y hasta el antagonismo, entre los seres humanos. Ellos saben muy bien esto: divide y vencerás. No os aisléis unos de otros, no os ocultéis lo que sabéis, no os neguéis el amor unos a otros…, porque ésas sí son auténticas desdichas de la Humanidad: la ignorancia y la desunión. No caigáis en la trampa de antagonizaros unos con otros, no viváis enfrentados, escucharos unos a otros, sentíos felices por vuestra capacidad de proporcionar alimentos a los demás, quienes a su vez se sentirán felices de proporcionaros calor, o amor, o alegría. Agradeced que os amen, y amad vosotros. Disfrutad del sol y de la lluvia, de la música y del silencio, del mar y del bosque… Dentro del más insignificante ser humano está la felicidad. Buscadla. Buscadla en vosotros mismos, y la encontrareis.

»Soy Anton Yelikov, de la TVEF, y me sentiré muy feliz si hoy, esta noche, he conseguido encauzar a una sola persona por el camino de la felicidad. Buenas noches y hasta el próximo sábado.

En la pantalla aparecieron unas rayas diagonales. Número Uno se acercó al televisor y lo apagó.

—¿Quieres un poco más de champaña? —ofreció.

Brigitte asintió con la cabeza, en silencio. Por los grandes ventanales del salón de Villa Tartaruga se veía el resplandor de la luna. Dentro del salón, toda la luz provenía de una lámpara de pie colocada en un rincón, cerca de la amplia chimenea de piedra.

Número Uno se acercó con dos copas de champaña.

—Gracias —murmuró Brigitte, tomando la suya.

—Me pregunto —dijo Uno, sentándose de nuevo a su lado en el sofá— si Anton Yelikov habrá conseguido encauzar a alguien esta noche en el camino de la felicidad. ¿Tú qué opinas?

## Capítulo II

Brigitte bebió un sorbito de champán.

—Está deliciosamente frío —comentó—. Más o menos, a sus siete grados inexcusables. Aunque si he de serte sincera, en ocasiones me gusta todavía un poco más frío.

—A mí también. Lo bajaremos a cinco grados la próxima vez.

—Espléndido —la divina señaló hacia el televisor—… Es un hombre encantador, sin duda alguna. No me sorprende que dirija un asunto de esa envergadura.

—Él no es el director —negó Uno—. Según tengo entendido la TVEF la dirige un hombre llamado Felice Meneghini, y se rumorea que es un millonario italiano que se está arruinando con esa emisora clandestina.

—Ya.

—Es para desconfiar, en efecto —asintió Uno.

—Sí. Lo que ha dicho Anton Yelikov, aunque un tanto vulgar e ingenuo, es perfectamente válido como buen consejo; cabe la posibilidad de que haya hecho recapacitar a muchas personas. ¿Por qué no? Incluso es factible que algunas de esas personas empiecen a ser felices, o al menos un poco más que antes, a partir de ahora. Todo puede ser. Sin embargo, yo diría que su Mensaje contiene también una buena dosis de conformismo. En cierto modo, induce al público a conformarse con la situación actual, a dejar que los grandes sigan siendo los dueños del capital, y a conformarse ellos con su trabajo y su relativa felicidad. Lo que interesaría básicamente es saber cuáles son las auténticas intenciones de la TVEF.

—Eso pensé. Está claro que el asunto tiene dos posibilidades. Una: que la TVEF esté realmente al servicio del gran capital, y que, como se hace con frecuencia, estén mentalizando al público para que se resignen, para que sus vidas sigan determinadas

directrices…, es decir, ser dóciles como hasta ahora. Dos: que la TVEF sea algo así como un intento de organización redentora, o, cuando menos, portadora de consuelo y, consecuentemente, de lo más cercano a la felicidad. En el primer caso, me gustaría darles un buen disgusto. En el segundo me gustaría colaborar. ¿Tú qué piensas de esto?

—Mi amor, sé que todo lo que haces está bien. Y si lo que realmente estás preguntando —Brigitte sonrió— es si yo también colaboraría, sabes que sí. ¿Cómo es Felice Meneghini?

—No lo sé. Parece que hace muchos años desapareció de la circulación, y que era ya entonces un sujeto bastante excéntrico. No sé tampoco cómo es físicamente, pues a pesar de mis esfuerzos no he conseguido ni una sola fotografía de él.

—Puede ser un nombre falso.

—Yo diría que no. Es decir, el nombre, no, ya que consta en el censo italiano. Lo que sí podría ser falso es el hombre. Tengo a una buena cantidad de amigos rastreando la TVEF, y no pierdo la esperanza de tener noticias cualquier día de estos.

—Ah —sonrió Brigitte—… Lo que significa que si quiero meter mis naricitas en ese asunto no tendré más remedio que quedarme contigo… hasta que tus amigos sepan algo.

—¿Te parece mala perspectiva?

—Claro que no. Me gusta el sol del Mediterráneo.

Número Uno frunció el ceño. Quitó la copa de la mano de Brigitte, fue a dejar las dos en una mesita, volvió al sofá, se sentó de nuevo, y acercó su boca a la de Brigitte.

—Espero —susurró— que además del sol te guste alguna otra cosa del Mediterráneo.

—Si *Mamma* Maria aparece por aquí…

—Maria está soñando hace rato con los angelitos… Y a propósito de Maria: uno de sus hijos, el mayor, está a punto de terminar su carrera: Físico Nuclear. Es un muchacho muy inteligente.

—Pero que sin el dinero del señor Tomasini no habría podido demostrarlo, no habría podido asistir a las universidades que él ha ido escogiendo en Europa, ni vivir como un caballero.

—Ha sido un dinero bien invertido.

—Uno… Uno, me estás… poniendo nerviosa…

—Sólo te estoy besando un hombro.

—¡Precisamente! ¡Cielos, después de la siesta que…!

La boca de Número Uno selló la de Brigitte Baby Montfort. Ella giró un poco, se abrazó al cuello de él, y se dijo que, en efecto, a veces la felicidad es una cosa muy simple: basta saber utilizar las cuatro ruedas del automóvil.

Casi dos horas más tarde, Número Uno salió del sofá, tomó en sus brazos a Brigitte, que dormía, y se dispuso a subir al dormitorio del piso superior.

Ella parpadeó, se abrazó a su cuello, y murmuró:

—Despiértame cuando salga el sol.

* * *

La avioneta centelleaba al sol, sobrevolando el Mediterráneo. Pronto pasaron por encima de Sicilia, cruzando de sur a norte, como partiéndola por la mitad.

De nuevo el Mediterráneo, azul, refulgente. Era viernes.

Brigitte encendió dos cigarrillos, y tendió uno a Número Uno, que pilotaba su avioneta.

—Podrías pasar por encima de Nápoles, mi amor —pidió.

—Más o menos, ésa es la ruta. Estaba pensando que quizá también esta vez sea un informe inexacto.

—Bueno, al menos habremos dado un paseo en avioneta. Es hermoso volar…, y total, sólo son poco más de mil kilómetros. Además, sólo he estado en Trieste de pasada. ¿Es bonita, vista con detalle?

—No está mal. Aunque para mi gusto tiene demasiado puerto. De todos modos, no lo veremos desde arriba. Creo que será mejor aterrizar en el Marco Polo de Venecia, alquilar un coche, y llegar así a Trieste: un paseo en automóvil.

—Todo muy cómodo y confortable —asintió Brigitte—. Y muy rápido. Es de suponer que les estamos profundamente agradecidos a los obreros que fabrican avionetas y automóviles.

Número Uno volvió un instante la cabeza hacia ella. Sonrió ceñudamente.

—De acuerdo —aceptó—: nosotros somos de los privilegiados. Tenemos dinero en cantidades absurdas. Sin embargo, mi amada

espía, espero que no te reprochen eso las personas por las que tantas veces te has jugado la vida. En varias ocasiones has evitado una más que posible contienda mundial, has salvado personalmente muchas vidas, te dedicas a invertir muy buena parte de tu dinero en obras benéficas, y sé que estás planeando la inversión de una gran cantidad en crear algo así como una Fundación…

—¡¿Cómo sabes eso?! —exclamó Brigitte.

—Yo también soy un espía aceptable, ¿no?

—¡Estoy hablando en serio!

—Muy bien. Digamos que la última vez que estuve en tu apartamento encontré algunos apuntes en la caja fuerte.

—¡Abriste mi caja fuerte! ¡Oh, no!

—Necesitaba dinero, porque salí de Malta a toda prisa, y no pude cambiar divisas…

—¡No me importa eso! ¡Creía que mi caja fuerte era inexpugnable!

—Tendrás que comprarte otra, lo siento. Espero que puedas soportar el gasto.

—Y hablando de gastos —lo miró maliciosamente Brigitte—… Tengo noticias de que cierto caballero desconocido está haciendo importantes inversiones filantrópicas en Europa, especialmente en Italia y Grecia. ¿Se te ocurre quién puede ser?

Número Uno la miró vivamente.

—¿Has podido abrir mi caja fuerte? —exclamó.

—Tendrás que comprarte otra —rió Brigitte.

Cruzaron la península itálica, un poco en diagonal. Apareció el mar Adriático, y la avioneta tomó una ruta paralela a la costa, ya directa hacia Venecia. Cuando, finalmente, aterrizaron en el aeropuerto veneciano de Marco Polo, eran poco más de las once de la mañana. El vuelo había durado algo más de tres horas.

En el Marco Polo alquilaron un coche. Podían elegir la ruta del interior, la rápida autopista, o bien la ruta más cercana a la costa. Número Uno ni siquiera consultó a Brigitte al respecto: simplemente, emprendió la ruta de la costa. De la cual se desviaron al llegar a S. Giorgio di Nogaro, para acercarse más a la costa, al pueblecito de Maragno Laguna, donde almorzaron en un destartalado pero simpático restaurante desde el cual se veía el faro de Lignano Sabbiadoro. Luego, volvieron a la carretera 14.

Cerca de las cuatro de la tarde, tras un plácido y agradable viaje en automóvil, entraban en Trieste, donde alguien había encargado, en el Albergo Miramare, una *suite* para el *signore* Angelo Tomasini. Naturalmente, el hotel estaba en Viale Miramare, y desde las ventanas de la *suite* se veía el mar, y el Porto Vecchio, el puerto viejo…

A las cuatro y media, el *signore Tomasini e la sua sposa* estaban instalados confortablemente en el Miramare, hotel de mediana categoría, pero muy aceptable.

A las cinco sonó el teléfono de la *suite*, y el señor Tomasini atendió la llamada.

—*Prego?*

—¿…?

—*Ecco: Tomasini parla.*

—…

—*Va bene.*

—…

—*Sí, é discreto.*

—…

—*Bene. A domani.*

Colgó. Brigitte le miraba un tanto molesta.

—¿Por qué hasta mañana? —preguntó—. Para eso podíamos habernos quedado otro día en Villa Tartaruga, mi amor.

—Pensé que te gustaría conocer Trieste un poco mejor: la Piazza de l'Unitá d'Italia, la Catedral de San Giusto, el Castillo… Y podemos pasear por el Puerto Viejo y el Nuevo. Es distraído pasear por el Passeggio.

—Y de paso, conozco mejor Trieste por si las cosas se ponen difíciles, ¿no es así? —sonrió Brigitte.

—No parece que vaya a haber problemas. Bien, disponemos de veintiséis horas hasta el momento de la cita…

* * *

Sábado, siete de la tarde.

El Fiat 132 de color gris se detuvo en determinado lugar de la

Strada di Opicina, en la parte interior de Trieste. Desde el Alfa Romeo alquilado en Marco Polo, Número Uno y la señorita Maria Piamonte, rubia y de ojos verdes, vieron apearse del Fiat a la mujer. Una bellísima mujer de negros cabellos y cuerpo espléndido, cuya edad debía de acercarse a los treinta. A medida que se acercaba, Brigitte fue viendo mejor los grandes ojos negros, la boca roja y cálida. Era, sin la menor duda, una mujer muy hermosa; tanto más hermosa cuanto más se iba acercando.

Y finalmente, entró en el coche, sentándose junto a Número Uno, al que besó cariñosamente en una mejilla.

—Angelo… ¿Cómo estás?

—Muy bien, Graziella, gracias. No necesito preguntarte cómo estás tú. Simplemente espléndida.

—¡Siempre tan amable…!

Uno movió la cabeza, señalando hacia el asiento posterior donde estaba Brigitte.

—Ella es Maria Piamonte —presentó—. Maria, ésta es Grazielia Melli. Graziella se volvió, y tendió la mano.

—¿Cómo estás, Maria?

—Bien, gracias —murmuró Brigitte—… Encantada de conocerte, Graziella.

—Eres muy bonita —dijo Graziella.

—Gracias. Tú también.

Graziella se echó a reír, contemplada impasiblemente por Maria Piamonte, cuya sorpresa había cedido ya. Cierto que Número Uno no le había dicho que su informante era un hombre, pero ella así lo había creído. Bueno, simplemente, no tenía por qué haber creído nada.

—¿Conseguiste el contacto definitivo? —preguntó Uno.

—Sí. El hombre se llama Adolfo Cerato, y es algo así como un miembro del servicio de relaciones públicas de la TVEF.

—Más que relaciones públicas habría que llamarlas relaciones clandestinas, ¿no te parece? —preguntó Uno.

—Bueno —rió de nuevo Graziella—, digamos que se dedica a las relaciones públicas de la clandestinidad de la TVEF. Es un hombre… agradable, muy culto, educado. Muy inteligente, Angelo.

—¿Le has hablado de mí?

—Le he hablado de cierto caballero que podría colaborar de

modo muy eficaz con la TVEF si el auténtico programa de ésta le convence definitivamente. No he mencionado nombre alguno.

—Bien hecho. ¿Va armado?

—¿Armado? ¿Adolfo Cerato? ¡Claro que no!

—¿Por qué te sorprendes tanto?

—Pues no sé… ¿Armado? ¡Nunca imaginaría que un hombre como Cerato fuese armado, eso es todo!

—¿Dónde es la cita?

—Te espera en un apartamento de Via dell'Istria, en Servola. Número 28, apartamento 2-2. Convinimos que le visitarías a las once de la noche, para conversar preliminarmente antes de ver el programa de esta noche. Luego, quizá lleguéis a un acuerdo. Me gustaría.

—¿Te gustaría? Entiendo, entonces, que apruebas las emisiones de la TVEF.

—Bueno, no están descubriendo nada nuevo a los que ya hace tiempo que aprendimos a pensar por nuestra cuenta, a los que ya hemos comprendido todo eso de los grandes dirigentes económicos del mundo hace tiempo, pero sé que han influido de modo agradable en muchas personas. Hasta el punto de que los miércoles y los sábados las emisoras pornográficas pierden bastante audiencia.

—Quieres decir que están siendo… realmente útiles.

—Muchas personas creen haberse encauzado hacia la felicidad. O cuando menos, parece que están adquiriendo algo más de serenidad. Conozco a varias de esas personas.

—¿Qué clase de personas son? —preguntó Brigitte. Graziella se volvió hacia Maria Piamonte.

—Por supuesto, personas sencillas. Obreros, generalmente. Gente cuyas posibilidades para siempre parecen ser las de trabajar para, sencillamente, sobrevivir.

—¿Y gentes de otros niveles sociales y económicos?

—La verdad es que esas otras personas son menos… receptivas de los mensajes de la TVEF. Y es natural. Sus sistemas de vida, más acomodados, necesitan menos consuelos y consejos. La TVEF no es escuchada con la misma atención por un abogado que tiene un Mercedes y una quinta en la playa que por un trabajador que pasa apuros para pagar su Fiat, naturalmente. No es ningún secreto que

la TVEF tiene su público adicto entre la clase estrictamente trabajadora, los que, lógicamente, nunca tendrán un Mercedes, ni una quinta en la playa, ni una avioneta, hijos en la universidades, finales de semana en Cortina
d'Ampezzo
o en Saint Morilz, o vacaciones en las islas Hawaii.

—Entendido. ¿Ha conseguido algo sobre Felice Meneghini?

—No. No sé más que hace una semana. Lo siento.

—¿Adolfo Cerato no habla de Meneghini?

—Ah, eso sí… ¡Ya lo creo! ¡Para Cerato, Felice Meneghini es algo así como un dios!

—¿Él lo ha visto? ¿Ha visto Cerato a Felice Meneghini?

—Por supuesto.

—¿Dónde? ¿En la emisora?

—Evidentemente. Pero si lo que quieres saber es si Cerato me ha dicho dónde está escondida la emisora, pues no. No me lo habría dicho de ninguna manera, pero además le dije desde el primer momento que yo era sólo una intermediaria.

—¿Te preguntó cosas sobre mí? —quiso saber Uno.

—Desde luego.

—¿Qué clase de cosas?

—Me peguntó cuántos años tienes, a qué te dedicas, si estás casado o no, y si lo estás cuántos hijos tienes; y me preguntó cuál era el color de tus ojos.

—¿Nada más? ¿No te preguntó si yo tengo mucho dinero?

—No.

—Pero quizá lo daba por supuesto —dijo Brigitte.

—No sé. Pero yo no le hablé de dinero: sólo de una ayuda eficaz para la TVEF.

—¿Le dijiste que suelo trabajar como espía? —preguntó Uno.

—No. Sólo que eres un hombre inteligente y que no te asusta nada.

—¿Y cuántos años le dijiste que tiene Angelo? —preguntó Brigitte, sonriente.

—Algo más de cuarenta. Pareció satisfacerle eso.

Quedaron silenciosos los tres, Número Uno y Brigitte pensativos, y Graziella Melli mirando de uno a otro. Por fin, Uno asintió con la cabeza.

—Está bien, Graziella. Gracias por todo. Espero que no te hayas comprometido más de la cuenta.

—No, no. Estoy a salvo, Angelo.

—En ese caso, ya sabes lo que tienes que hacer: te vas a tu casa, y lo olvidas todo. Pero no salgas de ella hasta que te avise, por si volviera a necesitarte. ¿De acuerdo?

—Claro. Pero me gustaría saber cómo termina esto.

—Lo sabrás. Te he traído un pequeño regalo.

Número Uno tendió un sobre con dinero a Graziella, y ésta lo guardó en el escote.

—Gracias, Angelo. Dime —movió la cabeza hacia Brigitte—: ¿ella va a ayudarte en esto?

—Sí.

—No quiero molestaros a ninguno de los dos, pero… ¿por qué ella sí y yo no? No te enfades, Maria.

—No me enfado —sonrió Maria Piamonte—. Sólo siento curiosidad por saber qué va a contestarte Angelo.

—Graziella ya conoce la respuesta —dijo Uno—. ¿O no?

—Me parece que sí —suspiró la hermosa morena—: la persona adecuada en el momento adecuado. Bueno, de todos modos ha sido agradable verte, Angelo. Y me gusta Maria. Bien… *arrivederci*!

Besó a Número Uno ahora en ambas mejillas, y luego tendió la mano a Maria Piamonte. La cual, cuando Graziella hubo salido del coche, comentó:

—Es una chica inteligente.

—¿Por qué lo dices?

—Porque pudo besarme a mí y darte la mano a ti, pero ha hecho lo contrario. Muy inteligente.

Número Uno miró su reloj.

—Será mejor que busquemos un sitio para cenar. Aunque no tenemos prisa: Adolfo Cerato no nos espera hasta las once.

—Te espera a ti —recordó Brigitte.

—Eso he querido decir.

—Me gustaría saber qué pinto yo en todo esto. Todo lo que estoy haciendo es de turista.

—Bueno —volvió la cabeza Número Uno—, si te consideras a mi altura como aventurera de altos vuelos, quizá te permita que me eches una mano de cuando en cuando. Una chica como tú siempre

puede ser útil para algo.

—¡Oh! ¡Muy agradecida, señor! ¡Agradecidísima!

—No hay de qué. Y si te portas realmente bien, hasta te permitiré ver esta noche el programa de televisión a que me ha invitado el señor Adolfo Cerato.

# Capítulo III

A las once en punto de la noche, Angelo Tomasini llamaba a la puerta 2-2, en el segundo piso del inmueble número 28 de Via dell'Istria.

A los pocos segundos, la puerta se abrió, y, en el acto, Número Uno lamentó no tener la pistola en la mano. No conocía a Adolfo Cerato, ni Graziella Melli se lo había descrito físicamente, pero supo enseguida que un hombre con aquella cara y aquellos ojos duros y fríos no podía ser Adolfo Cerato.

Sin embargo, sin alterarse en absoluto, preguntó:

—¿Señor Cerato?

—Así es —dijo el otro—… Pase.

Uno entró tranquilamente. Y tampoco se alteró cuando de detrás de la puerta, apareció el otro sujeto, que le apuntó con una pistola provista de silenciador. El que había abierto la puerta, la cerró, sacó también su arma, y señaló con ella hacia el fondo del apartamento, sonriendo con cinismo.

—Pase, pase… ¿Es usted amigo de Cerato?

—Si fuese amigo de él habría sabido que no es usted el señor Cerato.

—Muy perspicaz. Pero si no es amigo de él… ¿qué le trae por aquí?

—Estoy citado con el señor Cerato, eso es todo.

—¡Ah! Entonces, sin duda querrá verlo.

—En efecto.

—Muy bien. Pero antes será tan amable de entregarnos su pistola, ¿verdad, señor… señor…?

—Ezio Santi.

—Señor Santi, muy bien. ¿Su pistola? Estamos seguros de que sabe el modo de desprenderse de un arma sin que otras personas se pongan nerviosas y tiren a matar. ¿Sabe hacerlo, señor Santi?

—Espero que sí.
—Pues hágalo.
Número Uno se volvió de espaldas a los dos sujetos, apartó el lado izquierdo de la chaqueta con la mano derecha, y, forzando la postura del brazo izquierdo llegó con la punta de los dedos de esta mano a la culata de su pistola; la retiró de la funda axilar, extendió el brazo lentamente, y la dejó caer al suelo, sin haberla tocado más que con las puntas de los dedos.
—Es usted muy hábil, señor Santi. Y muy sensato. Vamos a ver al señor Cerato. Vaya por delante, no se preocupe por los buenos modales. Nadie los tiene, en esta casa.
Número Uno comprendió perfectamente a qué se había referido aquel hombre cuando, al entrar en el saloncito, vio a quien supuso debía de ser Adolfo Cerato… O lo que quedaba de él. Estaba sentado en un sillón, como desarticulado, la cabeza colgando hacia un lado, el rostro lleno de sangre, los ojos muy abiertos; un pañuelo apretaba fuertemente su boca, amordazándolo. Sus ropas estaban manchadas de sangre profusamente, y desgarradas. Estaba descalzo, y en sus desnudos pies se veían señales de pequeñas quemaduras. La mano derecha de Cerato mostraba una forma extraña… Le habían machacado los dedos a golpes de pistola.
—Señor Cerato —dijo uno de los sujetos—, tiene visita: el señor Ezio Santi.
—Me parece —dijo el otro— que el señor Cerato no va a poder atender al señor Santi como éste merece. Lo haremos nosotros en su nombre, por supuesto. ¿En qué podemos servirle, señor Santi? ¿Qué ha venido usted a hacer aquí con el señor Cerato?
Número Uno se pasó la lengua por los labios. El aspecto de Adolfo Cerato era impresionante, sobrecogedor. Pero todavía estaba vivo…
—Si alguien no atiende pronto al señor Cerato, va a morir —murmuró Uno.
—Y si usted no se explica pronto, habrá un doble funeral. ¿Me ha comprendido?
—Sí. Bueno, he venido aquí porque alguien me envió a ver al señor Cerato.
—¿Quién?
—No sé su nombre. Sólo que trabaja en esa emisora clandestina

de televisión llamada TVEF. Conseguí el contacto por medio de un amigo, y fui allá…

—¿A la TVEF? —exclamó el sujeto.

—No, no. A un sitio en el que, según me dijeron, había un hombre que podía estudiar mi oferta para trabajar en la TVEF. Me gustaría trabajar en esa emisora.

—Pero no sabe dónde está.

—No. Tenía la esperanza de que el señor Cerato me llevaría allá…, si me empleaba, claro está. En la casa donde estuve me dijeron que era el señor Cerato quien decidía estas cosas.

—De modo que hay una casa aquí, en Trieste, donde conocen al señor Cerato. Es decir, que son amigos de él. ¿Cree que esas personas saben dónde está la TVEF?

—Evidentemente, lo saben. Pero no quisieron decírmelo: antes tenía que hablar con el señor Cerato.

—Claro. Pero usted sí sabe dónde está esa casa en la que hay algunos amigos del señor Cerato.

—Sí, sí.

—Estupendo. Precisamente, nosotros estábamos intentando convencer al señor Cerato para que nos… presentara a algunos de sus amigos. ¿Dónde está esa casa?

—¿Quiere decir la dirección? No la sé. Me llevaron allá en coche. Hablé con dos hombres, me dieron esta dirección, y… aquí estoy.

—De modo que no conoce la dirección de esa casa… Pero, ¿sabría ir a ella?

—Ah, sí, eso sí. No conozco bien Trieste, pero es muy fácil encontrar esa casa, porque está en la carretera de circunvalación más alejada…

—¿La Ss 202?

—¡Sí! Sí, exactamente.

—Pues, señor Santi, nos va a llevar usted a esa casa. ¿Le parece bien?

—No demasiado. No me gustan ustedes, francamente.

—Hasta ahora ha sido usted muy razonable. ¿Quiere que las cosas se pongan desagradables?

Número Uno desvió la mirada hacia Cerato, y frunció el ceño.

—Ustedes ya las han puesto bastante desagradables. Y me

imagino que esto no les parece suficiente, así que quizás estén pensando en matar a este hombre. Lo que me hace pensar que luego harían lo mismo conmigo.

—Vamos, vamos, señor Santi… ¿Tenemos cara de asesinos? Mire, el señor Cerato se puso muy terco, y le dimos unos cuantos golpes, eso es todo. Pero si usted nos lleva a esa casa, vamos a dejarlo tal como está, y cuando usted nos señale la casa le dejaremos volver a cuidar al señor Cerato. ¿Qué le parece la oferta?

—Es buena…, si fuese sincera.

—En mi opinión, señor Santi —dijo de pronto el otro—, usted no tiene muchas alternativas: o creer en nuestra sinceridad, o pasarlo tan mal como lo ha pasado el señor Cerato. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo. Está bien, dejaremos aquí a este hombre para cuidar de él en cuanto sea posible, cuanto antes mejor, y yo les llevaré a esa casa… Tengo su palabra de que me permitirán volver.

—Nuestra palabra de honor —sonrió el hombre.

—Estoy seguro de que podré entendérmelas con ustedes —dijo Número Uno apaciblemente—. Sólo espero que no le ocurra nada al señor Cerato.

—Sí, hombre, sí… ¿Vamos?

Uno de los sujetos se adelantó esta vez hasta la puerta, la abrió, y salió al pasillo. Número Uno salió detrás. Luego, salió el otro sujeto. Segundos más tarde salían los tres a la calle.

—¿Cómo ha llegado usted aquí, señor Santi?

—En taxi.

—Ah, no tiene coche. Bueno, nosotros sí. Jean conoce bien Trieste, de modo que nos llevará allá rápidamente.

—Sólo tenemos que seguir por la Ss 15 hasta llegar al cruce de Pula —dijo Jean—, y luego subir hasta la Ss 202. Es muy fácil.

—¿Ve, señor Santi? ¡Todo puede arreglarse bien cuando hay buena voluntad!

—Así lo espero. Ya ve que la mía es buena.

—Buenísima. Vamos al coche.

Poco después, los tres hombres, dos de ellos en el asiento de atrás y Jean conduciendo, pasaban en un automóvil muy cerca del lugar donde estaba detenido un Alfa Romeo a cuyo volante había una preciosa muchacha rubia de ojos verdes…, que movió para mirar de reojo. Luego, miró el retrovisor exterior. Sobre el

salpicadero había un pequeño receptor-emisor de bolsillo, del cual, en aquel momento, brotó de nuevo la voz de Número Uno:

—Espero que me dejen volver enseguida para atender al señor Cerato: está muy mal.

—Será mejor que piense en usted mismo, señor Santi —aconsejó una voz.

—Oh, yo no tengo problemas de salud, ni espero tenerlos. No hay por qué preocuparse por mí en absoluto.

La imagen del coche en el que viajaba Número Uno desapareció del circular retrovisor exterior del Alfa Romeo. Maria Piamote se pasó la lengua por los labios. Estaba pálida. Número Uno podía estar muy seguro de sí mismo, pero lo cierto era que estaba en un apuro… De pronto, Baby sonrió, como queriendo convencerse a sí misma. ¿En un apuro? ¿Quién? ¿Número Uno… o los dos cretinos que lo llevaban en el coche?

La respuesta que se dio a sí misma la convenció. Así que salió del coche, cerró la portezuela con llave tras recoger el pequeño receptor, y se dirigió hacia el edificio número 28 de la avenida.

Poco después entraba en el apartamento de Adolfo Cerato sin la menor dificultad, tras abrir la puerta con una pequeña ganzúa, que colocó de nuevo en su cabello como si fuese una horquilla.

—Cielos… —jadeó cuando vio a Cerato—… ¡Pobre hombre! Uno tiene razón: hay que atenderlo enseguida, o puede morir… ¡Cómo lo han dejado…!

Lo primero que hizo fue tender cuidadosamente sobre la alfombra al maltrecho personaje, y acto seguido le quitó la mordaza. Hubo una inspiración profunda, pareció que el pecho de Cerato se hinchase, la boca se movió con gesto de angustia…

Pero también Brigitte sentía angustia. Bien pensado, ¿qué le importaba a ella lo que pudiese ocurrirle a Adolfo Cerato en comparación con lo que pudiese ocurrirle a Número Uno? Tuvo que hacer un nuevo esfuerzo para convencerse a sí misma de que Uno no corría peligro real alguno con aquel par de desdichados. Aun así, sintió tentaciones de abrir de nuevo la radio de bolsillo…

Pero no. No. Tenía que atender a Adolfo Cerato, esto era lo que le había pedido Uno, y bien claramente.

Él se las arreglaría bien con los dos sujetos. Seguro.

* * *

—Estamos llegando —dijo el que conducía.

—No vayas deprisa —dijo el que iba atrás con Número Uno—: dale facilidades al señor Santi para que reconozca la casa… Espero que no se equivoque, señor Santi.

—No creo —dijo Uno.

—Es usted un hombre muy callado y muy sereno, señor Santi.

—La vida es más agradable cuando se acepta todo con serenidad —replicó Angelo Tomasini.

El hombre rió.

No había mucho tráfico en la Ss 202, y hacía un par de minutos que había comenzado a lloviznar. Una lluvia fina y fría. Solamente mil cien kilómetros separaban Trieste de Malta, pero mientras en ésta era todavía prácticamente verano, en aquélla el otoño se acercaba rápidamente al invierno. Los cristales del coche se habían empañado un poco. Sí, sin duda afuera hacía frío, a aquella hora de la noche, casi las once y media.

El hombre que iba sentado junto a Uno lo miró.

—¿Todavía no ve la…?

Un zumbido sonó, suave, en el interior del coche, por partida doble, y Número Uno comprendió en el acto que sus dos captores llevaban radio de bolsillo. Como él, sólo que la de él era muy pequeña, y ni siquiera habían pensado que pudiera tenerla.

El conductor fue quien atendió la llamada, conduciendo con una sola mano. El otro continuó apuntando con firmeza a Número Uno con la pistola.

—¿Qué hay? —preguntó en alemán.

—¿Eres Kopf? —Repreguntaron, en inglés.

—Sí, soy yo —habló también en inglés Kopf—. Hemos estado con el sujeto de Via dell’Istria, pero se puso terco y no conseguimos nada. Ahora tenemos a un amigo suyo que puede darnos una pista.

—Dejadlo. Ya hemos localizado la emisora.

—¿Ya la tenéis? ¡Bien! En ese caso no vale la pena que nos molestemos Jean y yo. ¿Qué hacemos con el sujeto amigo de Cerato?

—Matadlo. Os esperamos.

Kopf cerró la radio, mientras frenaba suavemente al mismo tiempo que la guardaba. Número Uno comprendió, aunque su rostro no se había alterado, como si no entendiese ni el alemán ni el inglés. Sabía lo que querían hacer: matarlo y echarlo fuera del coche. Luego, simplemente, se irían.

El coche estaba ya casi detenido cuando Kopf dijo:

—Jean, ya has oído lo que…

Fueron las últimas palabras de su canallesca vida. Lo que sucedió, en menos de dos segundos, fue digno de ser filmado para pasar a formar parte de una filmoteca especial destinada a enseñanzas de supervivencia: Número Uno asió velozmente con su mano izquierda la muñeca derecha de Jean, desviándola con fuerza escalofriante en el instante en que Jean apretaba el gatillo pensando acertar a Uno en el pecho.

Pero la bala, debido a la premeditada dirección que Uno imprimió a la mano derecha de Jean, no fue a su pecho, sino que impactó con blando sonido en la parte posterior de la cabeza de Kopf, reventándola como si dentro hubiese tenido un petardo. Kopf ni siquiera gimió; salió disparado hacia delante, rebotó de cara contra el volante, y luego cayó de lado, hacia su derecha…, mientras el puño derecho de Número Uno describía un velocísimo arco y golpeaba en la sien izquierda a Jean. Éste emitió un ronquido fortísimo, puso los ojos en blanco mientras su cabeza se movía como un *puchingball*, y luego se relajó totalmente.

La pistola quedó en la mano izquierda de Número Uno.

El coche se había detenido completamente. Otro vehículo se acercaba, encendidas las luces antiniebla. Número Uno permaneció inmóvil mientras el otro coche cruzaba. Luego, colocó dos dedos en un lado del cuello de Jean, y en su boca apareció un gesto de disgusto. Todavía seguía teniendo los puños demasiado duros. En dos segundos se encontraba en un coche con dos cadáveres.

Lamentable.

Pero sólo en el sentido de que le habría gustado hacerles unas cuantas preguntas a Kopf y a Jean. Por lo demás, ciertamente, su vida valía muchísimo más que las de aquellos dos sujetos juntos.

De eso no tenía la menor duda.

Sacó su pequeña radio de bolsillo, idéntica a la de Maria

Piamonte, y apretó el botoncito de llamada.

—¿Sí? —Oyó en el acto la voz de Brigitte.

—Estoy bien. ¿Cómo está Cerato?

—Creo que saldrá de ésta.

—Estupendo. Estaré ahí para ver el programa. Cerró la radio.

# Capítulo IV

Abrió la puerta del apartamento, y enseguida dijo:

—Soy yo.

Maria Piamonte apareció por una esquina del pequeño recibidor, con su pistolita de cachas de madreperla en la mano. Se acercó a Número Uno y lo besó en los labios.

—¿Quiénes eran? —preguntó.

—Tengo sus documentaciones, y algo que quizá pueda sernos de utilidad: la nota de una comida en un restaurante del centro de la ciudad, en Via Carducci. El Donatello, se llama. Ellos se llamaban Helmutt Kopf y Jean De Vries; alemán y belga.

—¿No tuviste más remedio que matarlos?

—Sucedió así, eso es todo. Faltan sólo tres minutos para las doce.

—Encenderé el televisor. Cerato está bastante bien.

Habían entrado ya en el saloncito. Cerato estaba de nuevo sentado en un sillón, pero en mejores condiciones que antes. Tenía el rostro limpio de sangre, los zapatos puestos, la camisa y la chaqueta limpias, y su mano machacada aparecía vendada.

Maria Piamonte encendió el televisor, y se acercó a Uno, que estaba examinando al Cerato.

—Ha recuperado el conocimiento un par de veces, pero sólo por unos segundos —explicó Maria—. Físicamente, no es precisamente lo que se llama un hombre duro. Pero ha demostrado tener valor, al negarse a decirles lo que querían a dos sujetos como aquellos. ¿Dónde los has dejado?

—De momento los tengo dentro de su propio coche, ahí abajo Ya veremos qué hacemos con ellos. ¿Te ha dicho algo Cerato?

—Sólo ha balbuceado algunas cosas que no he podido entender. Tendremos que conseguir un médico.

—Quizá Graziella nos lo pueda conseguir…, aunque no me

parece tan urgente como para que nos perdamos el programa de esta noche.

—Sabemos más o menos lo que van a decir, mi amor.

—No. Esta noche, no. Alguien que forma parte del grupo de amigos de Kopf y De Vries han localizado la TVEF hacia las once y media. Pienso que posiblemente la han ocupado, armas en mano. Pronto lo sabremos.

Se sentaron en el sofá, uno junto a otro, y encendieron sendos cigarrillos. Parecía como si fuese un apacible matrimonio dispuestos a presenciar su programa favorito…, pero mientras tanto, cerca de ellos yacía un hombre duramente maltratado, y abajo, en el maletero de un coche, retorcidos uno con otro, había dos cadáveres.

En la pantalla apareció la atractiva imagen de Anton Yelikov.

—Amado público, muy buenas noches. Les habla Anton Yelikov para encauzarlos hacia la felicidad en su aspecto más simple y sencillo, y, por lo tanto, más naturalmente humano. Decíamos el miércoles pasado…

Brigitte se puso en pie, se acercó al televisor, y se inclinó, para observar desde cortísima distancia el rostro de Anton Yelikov. Luego, volvió junto a Número Uno, que la miró con gesto interrogante. Ella asintió.

—Tiene un golpe en el pómulo izquierdo, bastante bien disimulado con maquillaje. Uno, me gusta Yelikov: es muy sereno.

Número Uno asintió, en silencio, señalando la pantalla.

—… es decir —disertaba Yelikov—, que llegamos a la conclusión de que no forzosamente conseguiremos la felicidad a base de dinero. Sin embargo, hoy vamos a comentar el asunto bajo otro punto de vista, pues no se nos escapa que todas las situaciones pueden presentar diversas facetas dignas de estudio. Así, por ejemplo, y aunque ya convinimos que el dinero no hace de modo absoluto la felicidad, sí contribuye a ella, y de un modo bastante considerable. Es bien sabido que no puede existir felicidad sin bienestar físico, ya que sería absurdo suponer que una persona puede ser feliz cuando su estado de salud es malo. En estas condiciones, cuando, por ejemplo, se padece de un cáncer de estómago, no parece probable que una persona pueda ser feliz en modo alguno. Puede tenerlo todo, pero si le falta la salud, no tiene, en realidad, nada.

»Entonces, vamos a hablar de la salud, y del modo de conservarla. En los países más desarrollados, la masa trabajadora no suele tener excesivos problemas en este sentido; aunque no se puede decir que sus sistemas sanitarios sean perfectos, disponen de una atención médica aceptable, y a ciertos niveles incluso satisfactoria. Esto es así porque estos países desarrollados consideran conveniente que su masa trabajadora esté en buenas condiciones para atender la gran producción de sus fábricas y toda clase de puestos de trabajo; resulta más barato mantener sanos a los trabajadores y que éstos rindan adecuadamente, que ahorrar dinero escatimando atención sanitaria, que derivaría en fallecimientos, ausencias a los puestos de trabajo, pensiones de viudedad y orfandad, pago de primas de seguros… No, no, no. Esto no interesa, de modo que los mantienen sanos y fuertes. Han de producir, hay mucho trabajo por hacer, y ese trabajo, que sólo los obreros pueden realizar, no puede interrumpirse, porque entonces los amos del gran capital podrían sufrir pérdidas económicas de considerable importancia. Esto nos lleva a la conclusión de que no han creado un sistema sanitario aceptablemente bueno por amor y consideración al obrero, sino por amor y consideración a sus intereses. Exactamente lo mismo que haría el propietario de un rebaño de ovejas… ¿Acaso sería rentable permitir que las ovejas enfermaran? Claro que no: las ovejas han de estar sanas, para producir lana, leche y consecuentemente queso y otros derivados, y, naturalmente, carne. Sería una estupidez permitir que las ovejas enfermaran o murieran, pues en ese caso el dueño del rebaño no tendría ni lana, ni leche, ni queso, ni carne. De modo que se gasta un poco de dinero en un servicio veterinario a fin de mantener sanas a sus ovejas. Y claro está, todos hemos comprendido que si se gasta dinero en un servicio veterinario no es para que las ovejas retocen alegremente en los prados, sino para que estén en perfectas condiciones de ser explotadas.

»Pero hablemos ahora de los países menos desarrollados, en los que el sistema sanitario es inferior, muy inferior. Ni siquiera vamos a hablar de países del llamado Tercer Mundo, pues aquí el asunto es sencillamente escalofriante. De todos es sabido que en determinadas zonas del planeta se ha llegado incluso a matar en masa para obtener sangre para transfusiones con la que comerciar en países que la pagan a precio de oro[2]. No, mejor que no hablemos de eso,

de esos países donde las seres humanos son sacrificados como reses para extraerles la sangre y venderla a países más ricos. Dejémoslo. Hablemos de los países simplemente menos desarrollados que los mencionados en primer lugar. Países en los que la atención sanitaria es deficiente. ¿Por qué? Pues, porque en estos países es más barata la muerte que la vida. En estos países es más caro cuidar adecuadamente a los obreros que dejar que se vayan pudriendo en sus enfermedades, la mayoría de ellas debidas al escaso cuidado, a la ignorancia, al desconocimiento de un sistema adecuado de vida sana, como sería la nutrición y la aplicación de la medicina preventiva. En estos países, donde faltan puestos de trabajo como consecuencia de un exceso de masa trabajadora, se permite que ésta vaya disminuyendo aterradoramente, en cantidades espantosas, porque de este modo los amos económicos del país van aligerando su compromiso de mantener a la clase trabajadora. Cuantos menos sean, mejor. Siempre y cuando, claro está, queden los suficientes para mantener el ritmo de producción dentro de las posibilidades de sus industrias o cualquier otro sistema de creación de riquezas. El exceso de personal es desatendido sistemáticamente, en busca de una mortalidad de alto índice. ¿Seguros de vida, primas a la viudedad y cosas parecidas? Son bajas, naturalmente; más bajas, claro está, que lo que costaría un sistema sanitario adecuado, que no sólo sería caro, sino que, al mantener con vida a más trabajadores, agudizarían el problema de su mantenimiento a cargo del sistema estatal. Así pues, estas son las causas que determinan que unos países tengan buena asistencia sanitaria y otros países no la tengan. Dinero, siempre dinero…

»Y llegados a este punto, no tenemos más remedio que admitir que el dinero es necesario para la felicidad aunque sea indirectamente. Es necesario, porque nos permitiría vivir más años con mejor salud. Y hasta, llegando a un terreno que no consideramos frívolo ni mucho menos, nos permitiría vivir con más belleza, y por tanto con más alegría. Sabemos que hay hombres y mujeres que cuidan sus cuerpos con la lógica atención de quienes saben que sólo disponemos de ese cuerpo, Lo demás, es accesorio. El cuerpo es lo que importa. La salud del cuerpo. Y su belleza también. Esto lo saben perfectamente los hombres y mujeres de la clase poderosa, que gastan en su aseo y embellecimiento personal

diariamente más que muchas familias en comer durante todo un mes. Hay clínicas para dietas especiales, curas de adelgazamiento, bronceado, chequeos perfectos, análisis de todas clases, estudios del metabolismo…, sin detenernos a hablar de lo que cuesta a una dama de cierta edad recurrir a la cirugía estética para que su vientre quede listo y terso, sus pechos rejuvenecidos, su rostro remozado…, mientras, en ese mismo momento, miles de personas están muriendo de hambre, de enfermedades, de asco de vivir…

»Sin embargo, amigos, no nos obcequemos. Tenemos nuestra vida, que ésa sí es bien nuestra… para seguir produciendo para los amos del capital. Y con la vida, se puede ser feliz, ya sea en el fondo de una mina, en un taller mecánico, en una oficina, en el campo… Seamos felices. No permitamos que la brutalidad y el egoísmo del gran capital nos prive de seguir pensando que también la felicidad está en otras cosas, como por ejemplo, la lucha por la vida, el valor que requiere el sacrificio de unos padres, el tesón en conseguir un puesto de trabajo cada día mejor… ¡Hay tantas cosas que todavía no nos han quitado y con las que podemos ser felices!

»Soy Anton Yelikov, de la TVEF, y me sentiré muy feliz si hoy, esta noche, he conseguido…

Clic, sonó el mando del aparato al ser accionado por Número Uno. La pantalla se apagó.

—Han ocupado la emisora —murmuró Uno.

—Dios mío —murmuró Brigitte—… ¡Dios mío!

—No han dicho nada que no sea verdad. Tú y yo, y muchas otras personas de cierto nivel intelectual, nos hemos dado cuenta del solapado cambio en la intención del discursito, pero miles de personas deben de estar en estos momentos retorciéndose de rencor… Pero tenemos que admitir que Yelikov no ha dicho nada que no sea verdad. ¿O sí?

—Eso es precisamente lo que me aterra… ¡Que todo cuanto ha dicho es verdad! ¡Lo he pensado tantas veces! Día llegará en que al ser humano corriente no se le permitirá ni siquiera vivir su propia vida, será… como una máquina programada para vivir conforme a determinado sistema o patrón que desde niño grabarán en su mente como si ésta fuese una… una casete con órdenes que movilizarán el cuerpo siempre según lo esperado, lo programado… ¡Uno, esto es horrible!

—Tenemos dos alternativas. Una de ellas, dejar que esa gente que ha ocupado la TVEF siga presionando a Yelikov para que lea lo que ellos quieren que lea, y que la gente se entere de algunas cosas. La otra, es intervenir y colocar de nuevo a la TVEF en su línea sencilla y popular de alientos para vivir… pese a todo. Creo que debemos optar por la segunda alternativa, o de lo contrario, si la masa obrera continúa oyendo estas cosas… Bueno, pueden llegar a ocurrir cosas horribles, realmente. ¿Cuántos miles de obreros calculas que pueden haber oído esto, y a cuántos lo transmitirán, lo mismo en Italia que en otros países? ¿Cuántos millones de obreros calculas que podrían… soliviantarse en Europa con un programa como el de hoy?

—Quizás es eso lo que buscan. Pero… ¿quiénes?

—Desde luego, no los amos del gran capital…, sino alguien que se ha enfrentado a ellos utilizando la TVEF. Los programas pornográficos, en su base, son inocuos para la marcha del sistema económico mundial; la gente lo pasa bien con el sexo, y olvida otras cosas. Por eso, supongo, no son perseguidas… adecuadamente las emisoras pornográficas. No todas, al menos. Quieren que el pueblo disponga de esa evasión a sus problemas cotidianos. En cuanto a la TVEF, tampoco les hacía gran daño, sino más bien, al apaciguar a la masa obrera, les beneficiaba. Pero ahora… Bueno, ahora va a salir toda una jauría en busca de la TVEF, para hacerla pedazos. Y no tendrán contemplaciones.

—Lo que significa que si nosotros no la encontramos pronto la encontrarán los mastines del gran capital, y la despedazarán.

—Por supuesto.

La voz de Número Uno sonó seca, como un trallazo. Brigitte se quedó mirándolo, como sorprendida.

De pronto, sonrió levemente.

—Conozco esa expresión tuya, mi amor: no consentirás que nadie le quite la presa a Número Uno, ¿verdad? Es decir, no la presa para ser destruida, sino ayudada, apoyada por ti. Te gusta la TVEF, en pocas palabras.

—Sí. Pero no esta TVEF de hoy.

—Claro. Muy bien, vamos a buscarla. Y cuanto antes nos pongamos manos a la obra, mejor. Tenemos dos pistas, una mala, que es lo de ese restaurante en Via Carducci, y otra buena, que es

Adolfo Cerato. ¿Con cuál te quedas tú?

—No veo la necesidad de que nos separamos —gruñó Uno, con gesto hosco—: Cerato puede recuperar el conocimiento de un momento a otro.

—Tú lo habrías recuperado ya —asintió Brigitte—, pero él no es un hombre de acción, mi amor. Puede tardar horas. Pero supongamos que lo recuperase pronto… y no quisiera llevarnos a la TVEF, pensando que nosotros, por mucho que digamos, somos amigos de los que le han golpeado, que estamos recurriendo a otro sistema, a un truco para engañarlo. Tampoco podemos decirle que la TVEF ha sido ocupada por otras personas, por el mismo motivo: no nos creería. Creería en todo momento que queríamos engañarlo. ¿Y qué haríamos? ¿Torturarlo también nosotros? En todo caso, el tiempo irá pasando…, y no es mucho tiempo lo que tenemos.

—Tampoco hay demasiada prisa, pues ya no habrá emisión de la TVEF hasta el miércoles… Pero tienes razón. Quizá sea conveniente acelerar la localización de la TVEF. Me quedo con la pista mala.

—¿Y eso por qué? —protestó Brigitte—. A fin de cuentas, es a ti a quien esperaba Cerato, y se sorprenderá menos y desconfiará menos si al despertar te encuentra a ti y no a una mujer.

—También puede pensar que yo soy uno de los que quieren saber dónde está la TVEF, un amigo de los que le han torturado. O aunque acepte que yo sea la persona que estaba esperando, puede pensar que precisamente he sido yo quien le ha traicionado. En cambio, tú, con tu encanto personal podrás convencerlo de que le irá mejor confiar en ti que rechazar tu ayuda.

—Gracias por lo de encanto personal —sonrió Maria Piamonte —, pero esa gente saben que Kopf y De Vries estaban con un hombre, y si ellos no regresan, y en cambio aparece un desconocido, pensarán que las cosas han ido mal para sus amigos, y que tú has tenido no poco que ver en eso. No les gustará.

—Peor para ellos —masculló Uno—. Voy a llamar a Graziella para que te busque un lugar donde puedas cuidar con tranquilidad de Cerato.

—Estoy bien aquí.

—¿Cómo que estás bien aquí? —Se pasmó Número Uno—. ¡Pueden venir amigos de Kopf y De Vries!

—Bueno, es una pista que no hay que desestimar. Seguro que

ellos sabrán dónde está la TVEF. ¿Crees que podría obligarles a que me lo dijeran?

—Es un riesgo absurdo.

—No menos absurdo es el tuyo. Vamos, mi amor, ¿a qué viene esta discusión? Tenemos que aprovechar todas las posibilidades de llegar cuanto antes a la TVEF, eso es todo. Y me irritaría bastante que a estas alturas creyeras que no puedo entendérmelas con un par de sujetos como los que tú has quitado de en medio tan fácilmente.

Número Uno estuvo unos segundos con el ceño fruncido. Por fin, murmuró:

—Me pregunto qué habría pasado si tú y yo hubiésemos estado en bandos opuestos.

—¿Quieres decir… si hubiésemos sido enemigos?

—Sí. ¿Quién habría vencido a quién?

—Yo te habría vencido a ti —casi rió Maria Piamonte.

—No estés tan segura.

—Oh, sí puedo estarlo. Pero déjame que te lo explique… Yo te habría vencido a ti porque, enemigos o no, habrías acabado por enamorarte de mí, eso habría sido inevitable. Y una vez enamorado de mí, habría podido manejarte a mi antojo. Ya sabes que hombre enamorado es hombre derrotado… ¿O no?

Mientras hablaba, Maria Piamonte se había acercado a Número Uno. Cuando terminó de hablar estaba colgada de su cuello, y le besó en la boca, dulcemente. Él la apartó, refunfuñando.

—Ten mucho cuidado —masculló—… Y te iré llamando cada hora. Naturalmente, si algo ocurre aquí, me llamarás tú.

—Convenido.

Número Uno se volvió hacia Maria Piamonte cuando ya estaba en la puerta, y la señaló con el dedo.

—Por otro lado, tú también te habrías enamorado de mí, y en ese caso, o también yo habría podido manejarte a ti, o habríamos conseguido un equilibrio, un empate. Porque ya sabes que mujer enamorada es mujer derrotada.

—Es cierto —admitió Brigitte, sonriendo dulcemente—: sobre todo, teniendo en cuenta que yo te amaría a ti más que tú a mí.

—Error —gruñó el espía.

Y se marchó.

# Capítulo V

El Donatello era en realidad un hotel, dentro del cual estaba el restaurante, que llevaba el mismo nombre. Al restaurante se podía acceder desde la calle, esto es, que podía acudir público ajeno al hotel, y desde el interior de éste, es decir, para los clientes que estuviesen allí alojados.

Pero, tanto el restaurante como el hotel estaban cerrados, y Número Uno tuvo que llamar. Acudió a abrirle un conserje soñoliento y de pésimo humor.

Pero tanto el sueño como el malhumor se esfumaron cuando vio el billete de veinte dólares que le tendía el impresionante sujeto de ojos negros.

—Se me averió el coche, y no he podido llegar antes —explicó Número Uno amablemente—. Unos amigos me recomendaron este hotel, y nos citamos aquí. Bueno, no tengo otro sitio adonde ir, francamente.

El billete desapareció en el bolsillo del conserje de noche, que se apartó.

—Pase, señor.

—Gracias. Me llamo Klaus Plumm. Mi amigo se llama Helmutt Kopf. Debe de estar aquí.

—Lo miraré. ¿Sólo trae una maleta, señor Plumm?

—Estaré muy poco tiempo.

—Muy bien.

Cruzaron el vestíbulo, silencioso y a media luz. Era casi la una de la madrugada, y afuera llovía ahora con más intensidad, y el frío era más intenso. El falso Klaus Plumm quedó al lado de fuera del mostrador, mientras el conserje buscaba el nombre de Kopf en la lista.

—En efecto —asintió—, el señor Kopf está en el hotel. Es decir, está inscrito, pero en estos momentos no está en su habitación. Vea

la llave.

Uno miró hacia el casillero del cual pendía la llave número 31, y asintió.

—Lo esperaré.

—¿Me permite su pasaporte, señor?

No había problema alguno, pues tanto Uno como Brigitte habían salido bien preparados de Villa Tartaruga. De la maleta que había tomado del coche, sacó el pasaporte a nombre del ciudadano alemán Klaus Plumm, y lo tendió al conserje. El pasaporte a nombre de Angelo Tomasini había quedado en el Alfa Romeo.

—Habitación 36 —dijo el conserje—, en el mismo piso que el señor Kopf. ¿Le va bien, señor?

—Por supuesto. Y muchas gracias. Cuando regrese mi amigo sea tan amable de decirle que he llegado.

—Lo haré con gusto.

El conserje se hizo cargo de la maleta, y acompañó al señor Plumm a la habitación 36. Luego, regresó al vestíbulo en el ascensor. Dentro de la habitación 36, Número Uno estuvo escuchando el leve zumbido del ascensor. Luego, todo quedó en silencio. Todavía esperó Uno cinco o seis minutos antes de sacar del hueco del zapato derecho la ganzúa múltiple. Con ella oculta en el hueco de la mano izquierda, salió al pasillo bien alfombrado, iluminado sólo con dos apliques de pared.

Habitación 31. Introdujo la ganzúa en la cerradura, maniobró ocho o diez segundos, y empujó la puerta. Entró, la cerró y encendió la luz. Fue directo al armario, lo abrió, y miró su contenido, haciendo un gesto de disgusto. Tal como había temido, la presencia de Kopf en el Donatello no era permanente, sino transitoria, lo que significaba que bien poca cosa podía encontrar entre sus pertenencias; sólo lo que un aventurero puede permitirse llevar encima para viajar…, que no solía ser mucho, lo sabía por experiencia.

No obstante, registró la maleta, que estaba vacía, y las pocas ropas que colgaban de las perchas. Bueno, mala suerte. Ni siquiera se le ocurrió recurrir a alguna argucia para enterarse, por medio del conserje, de cuál era la habitación de Jean De Vries; sabía que el resultado sería el mismo… ¿Cómo era posible que no hubiese absolutamente nada que indicase de dónde había llegado Kopf? Ni

mucho menos había sido un aventurero de categoría, de los que nunca o casi nunca cometen errores. Eran vulgares, tanto él como Jean De Vries, su compañero.

Tras reflexionar, Uno decidió que sólo tenía una posibilidad de conseguir alguna pista en aquellas circunstancias, y era quedándose en el hotel. Seguramente, alguien llamaría allí para pregunta: por Kopf y De Vries al no acudir éstos a reunirse con sus amigos, o por lo menos con el amigo que les había avisado de que ya habían localizado la TVEF. Número Uno tenía como incrustada en el cerebro la voz de aquel hombre diciendo: «matadlo; os esperan».

¿Y qué pasaría si alguien llamaba a Kopf? El conserje diría que el señor Kopf no había llegado, no había regresado al hotel. Ni el señor De Vries tampoco. Pero había llegado un amigo del señor Kopf, que lo estaba esperando, un tal Klaus Plumm…

—Esperaré —decidió.

Se dirigió hacia la puerta, la abrió…, y se quedó mirando el sólido silenciador al extremo de la pistola que le apuntaba al pecho. Alzó la mirada, y vio los ojos de la mujer, oscuros y duros, fijos en los de él. Una hermosa mujer de cabellos castaños y cuerpo atractivo, vestida de calle con cierta elegancia. Debía de tener unos veinticinco años.

—Retroceda —susurró ella en italiano—… Con las manos sobre la cabeza. Número Uno obedeció, sin rechistar. La muchacha entró, cerró la puerta con la mano izquierda, y movió la pistola con gesto amenazador.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—Klaus Plumm. Soy amigo de Helmutt, y acabo de llegar al hotel para entrevistarme con él. Me citó aquí. No he podido llegar antes porque tuve una avería en el coche.

—Habla usted muy bien el italiano, señor Plumm.

Número Uno encogió los hombros con un gesto desdeñoso, y frunció el ceño.

—¿Y usted quién es? —se interesó.

—Amiga de Helmutt. Pero usted no lo es. ¿Qué ha venido a buscar a esta habitación? Le he visto desde la mía abrir la puerta con una ganzúa.

—Me extrañó que Helmutt no estuviese esperándome. El conserje me ha dicho que está fuera del hotel, y decidí esperarlo yo

a él aquí dentro. Estoy cansado del viaje, y si Helmutt llegaba muy tarde, yo podría haberme dormido, así que decidí que en ese caso me encontrase aquí. Me dijo que tenía una oferta de trabajo para mí.

—¿Qué trabajo?

—Lo ignoro.

—¿Está usted armado?

—Naturalmente.

—Vuélvase de espaldas. Y mantenga las manos sobre la cabeza, o dispararé.

—De acuerdo. Pero no se precipite en sacar conclusiones sobre mí hasta que hable con Helmutt, ¿le parece bien?

—Vuélvase.

Uno asintió, e inició el movimiento para volverse de espaldas a la muchacha… Su pierna derecha se alzó rápidamente mientras el cuerpo giraba. El empeine del pie golpeó a la muchacha en la cadera izquierda, desplazándola brutalmente de lado, doblándola como si fuese una caña tierna. La bala que ella disparó fue a impactar, tal como Uno había calculado teniendo en cuenta cómo se desplazaría el cuerpo de la muchacha, en la pared de su izquierda, sin riesgo alguno para él. Ella cayó de lado, rebotó, giró, apoyó la mano izquierda en el suelo, alzó la derecha con la pistola…, y Número Uno se la arrebató limpiamente, y de una tremenda bofetada derribó completamente a la muchacha. Ésta no pudo reaccionar. Cuando vino a darse cuenta, Número Uno estaba sentado sobre su vientre, apuntándole al rostro con su propia pistola. Un rostro ahora lívido, en el que destacaban los ojos oscuros, muy abiertos.

—Tranquila —dijo Uno—. Si realmente eres amiga de Helmutt todo terminará bien para ti.

—Le… le juro… que lo soy —jadeó la muchacha.

—Es posible. ¿Cómo te llamas?

—Alida… Alida Luciani… Me está… aplastando el vientre, no puedo respirar…

Klaus Plumm titubeó, pero acabó asintiendo con la cabeza. Se puso en pie, y señaló un sillón, al cual fue a sentarse Alida Luciani, respirando profundamente. En su rostro destacaba ya la huella del bofetón recibido.

—Me pregunto —dijo Uno— si realmente eres amiga de Helmutt o te lo has cargado, como querías hacer conmigo.

—No, no… ¡Soy amiga de él! ¡Los estaba esperando para marcharnos del hotel!

—¿Los…? ¿A Helmutt y a quién más?

—Otro amigo…, un tal De Vries.

—Muy bien. Los esperaremos juntos. ¿Qué te parece? Y ya veremos, cuando regrese Helmutt, quién es amigo suyo, si tú o yo. ¿Estás de acuerdo?

—Sí… Por completo, sí.

—Espléndido.

Klaus Plumm se metió la pistola en la cintura, y se sentó frente a la muchacha.

Una hora más tarde, comenzó a mirarla aviesamente. Hora y media más tarde, su gesto era ya decididamente duro, hostil. Alida le miraba con expresión inquieta.

—Estoy cansándome de esperar —dijo Uno.

—Quizá… quizá les haya ocurrido algo…

—Quizá. ¿Adónde teníais que ir los tres cuando ellos regresaran?

—Nos están esperando… en otro lugar.

—¿Qué lugar?

—Teníamos que ir a Porto Nuovo, frente a
Sant'Andrea,
y allí nos recogerían.

—¿Para ir adónde?

—No lo sé. Estamos… Bueno, llegamos varios a Trieste a toda prisa, nos distribuimos en varios sitios… No tenemos un punto fijo de reunión, como no sea Porto Nuovo.

—¿Y quién os recogerá allí?

—Otros compañeros, empleados también de Sergio Spinelli.

—¿Sergio Spinelli? ¿Quién es?

—Nuestro jefe. Está en Trieste, pero no sabemos dónde, por ahora. Desde Porto Nuovo iríamos a reunimos con él, supongo. Debe de haber encontrado un sitio donde podamos estar todos.

Klaus Plumm asintió.

—Quizá Helmutt y ese De Vries hayan ido directamente allá —sugirió. Alida parpadeó.

—¿Olvidándose de avisarme? No me parece probable…, pero

podría ser.

—Pero no lo crees.

—No. Teníamos que reunimos los tres, pagar la cuenta del hotel, y marcharnos juntos.

Klaus Plumm estuvo reflexionando un par de minutos antes de mascullar:

—No me gusta esto. Tengo la impresión de que Helmutt se ha metido en un lío. De otro modo, estaría aquí esperándome, o habría llamado para dejarme algún recado… Sí, quizá les haya ocurrido algo…, y si a ellos les ha ocurrido algo, puede ocurrimos a nosotros de un momento a otro. Es decir, a ti, pues a mí nadie me conoce en Trieste salvo Helmutt. Me estoy complicando la vida permaneciendo a tu lado, Alida, de modo que voy a largarme. ¡Ya lo creo que voy a largarme! Tú puedes esperar, si quieres, a Helmutt. Y si él regresa, le dices que Klaus ha estado aquí, y que le está esperando por Porto Nuovo. ¿De acuerdo?

—Si usted se va, yo prefiero marcharme también.

Plumm reflexionó de nuevo, pero más brevemente. Asintió.

—De acuerdo. Tengo mi coche cerca del hotel, de modo que si quieres te llevo a Porto Nuovo. Podría ser que Helmutt estuviese ya allí… Es sólo una posibilidad. Y si no está, pues mala suerte: ya buscaré otra cosa.

—¿Quieres decir… un trabajo?

—Claro. No he venido desde Roma para hacer turismo, te lo aseguro. Eso sólo puede hacerse cuando se tiene dinero… ¡Maldita sea! ¿Qué demonios le habrá ocurrido a ese idiota de Helmutt?

—Ya nos lo explicará.

Klaus Plumm se puso en pie.

—Voy a buscar mis cosas. El conserje se va a sorprender mucho de que me vaya cuando apenas acabo de llegar, pero por mí puede irse al infierno. ¿Te espero abajo?

—Sí… Sí. Bueno, mi pistola…

—Te la devolveré cuando esté seguro de que estamos en el mismo lado, preciosa. Y otra cosa: yo saldré disparado en mi coche antes de tres minutos, de modo que será inútil que intentes alguna jugarreta llamando a otros amigos que también desconfíen de mí y de mi amistad con Helmutt. Recuerda: tres minutos.

Salió de la habitación, recogió la maleta en la suya, y bajó al

vestíbulo. El conserje reapareció, más soñoliento que un par de horas antes. Se quedó atónito cuando el señor Plumm dijo que se iba del hotel, y su pasmo creció cuando Alida Luciani bajó con su maleta y pidió también la cuenta. Devolvió el pasaporte a Plumm, se reanimó con la nueva propina, y atendió a la señorita Luciani.

Cuando ésta salió del hotel, el Alfa Romeo estaba detenido delante, con el motor ya en marcha. Ella metió la maleta dentro del coche, se sentó junto a Klaus Plumm, y cerró la portezuela. El coche se alejó del Donatello. Tardaron poco menos de cinco minutos en llegar a
Sant'Andrea,
cuyas luces se reflejaban en las aguas de aquella parte aislada del Porto Nuovo. Klaus paró el motor y apagó las luces. Miró su reloj. Eran casi las dos y media de la madrugada.

—Tenemos que acercarnos al borde del muelle, para que nos vean —dijo Alida—. Seguramente, los demás están esperando en una lancha.

—De acuerdo.

Salieron del coche. Klaus Plumm lo cerró, se guardó las llaves, y comenzó a caminar junto a la muchacha hacia el borde del muelle. Ella caminaba presurosa a su izquierda, encogida de frío, con el cuello del abrigo subido.

La verdad es que Klaus Plumm no esperaba una cosa así, pero ya se sabe que nadie es infalible.

Percibió el movimiento de ella como acercándose un poco más a él, pero ya no tuvo tiempo de más; notó en la espalda el golpe y el pinchazo al mismo tiempo, y quiso volverse, iniciando ya el contraataque contra Alida. Pero ésta manejó de nuevo el punzón, clavándolo otra vez en la espalda de Klaus Plumm, que emitió un gemido, cayó de rodillas, y enseguida de bruces.

Hay cosas que nadie puede soportar, por muy Número Uno que se sea. Alida se inclinó para observar con desconfianza a Plumm, pero éste yacía con los ojos cerrados, el rostro crispado en una mueca de dolor…

* * *

El rostro de Adolfo Cerato se movió, sus párpados se agitaron. Acto

seguido, quedaron abiertos. Tardó todavía unos segundos en distinguir bien el rostro que se inclinaba sobre él. Era un rostro agradable, sonriente, amable. Un rostro bellísimo enmarcado en una espléndida cabellera rubia. Cerato se quedó mirando los bellísimos ojos verdes que le contemplaban afablemente.

—¿Se encuentra mejor, señor Cerato?

Era una voz dulce, cálida. Cerato estuvo mirando como fascinado los sonrosados labios que se habían movido en la pregunta. Luego, volvió a parpadear, miró alrededor… De pronto, respingó, y se senté vivamente. La muchacha le puso una mano en un hombro.

—Tranquilícese. Todo está bien… en lo que a usted respecta, cuando menos. Ya no le molestarán más. Soy amiga del hombre que usted estaba esperando. Él se ha encargado de aquellos dos sujetos que le estaban maltratando.

Adolfo Cerato se quedó mirándola fijamente, y Maria Piamonte comprendió que desconfiaba. Sonrió de nuevo.

—Lo conveniente sería que usted me dijera ahora mismo dónde está la TVEF, señor Cerato, pero comprendo su desconfianza. Yo también desconfiaría, en su lugar. Sin embargo, tal como están las cosas, su desconfianza sólo va a perjudicar a la TVEF, que ha caído en otras manos.

—¿Qué quiere decir? —susurró Cerato.

—He estado bebiendo un poco de su coñac —sonrió de nuevo Maria Piamonte—. ¿Quiere una copa? Puede ir reanimándose un poco con ella mientras le pongo al corriente de lo sucedido.

Cerato asintió. Estuvo mirando atentamente a la bellísima rubia mientras ésta servía el coñac, y luego mientras le explicaba lo que había ocurrido, incluyendo la disertación de aquella noche de Anton Yelikov. A medida que iba explicando esto, Baby iba viendo el gesto de horror que aparecía en el rostro de Cerato, que finalmente emitió un gemido.

—Virgen Santísima —jadeó—… ¡Eso no ha podido decirlo Anton!

—Ya le he dicho que la emisora ha sido ocupada por otras personas, señor Cerato. Y está claro que piensan utilizarla para conseguir fines muy diferentes a los de ustedes. Es posible, incluso, que no esperen al próximo miércoles para efectuar otra emisión,

otro programa. Quizás emitan un programa diario.

—No… ¡No!

—Bueno, es sólo una posibilidad. Pero pueden hacerlo.

—Pero… ¿quién es usted?

—Maria Piamonte, amiga del hombre…

—¡Ya sé eso! Está bien, está bien… ¿qué es lo que usted quiere de mí, en definitiva?

—Que me lleve junto a Felice Meneghini, a la TVEF. No se fíe de mi… dulce apariencia, señor Cerato: estoy perfectamente capacitada para ayudarles a resolver su problema actual, ya sea sola o con la ayuda de mi amigo. Sólo se trata de saber si usted confía en mí o no confía. Usted verá, señor Cerato.

De nuevo se quedó mirando Adolfo Cerato los bellísimos ojos verdes que le contemplaban ahora con seriedad, con expectación… Cerato había sido elegido por la TVEF como encargado de relaciones con el exterior precisamente por su supuesta capacidad para tratar a las personas, para saber clasificarlas, analizarlas, valorarlas.

Y estuvo claro que la TVEF había elegido bien.

—La llevaré a la TVEF, señorita Piamonte. Pero si está ahora en manos de otra gente…

—No se preocupe por eso, nosotros resolveremos el problema. ¿Seguro que va a llevarme allá, me indicará dónde está la TVEF?

—Sí.

—Gracias. —Maria Piamonte recurrió a su pequeña radio, dispuesta a comunicar a Número Uno que todo iba bien por su lado y que por tanto él no tenía que seguir buscando por otro—… Dentro de poco tendremos aquí a mi amigo, señor Cerato.

Apretó el botón de llamada. Silencio.

Brigitte Montfort parpadeó. En su boca hubo una leve crispación. Luego, volvió a llamar.

—¿Diga? —preguntó una voz de hombre—. ¿Quién es? La espía palideció intensamente.

—¿Quién llama? —insistió el hombre—. Soy Klaus Plumm, diga.

Era una treta absurda por parte de aquel hombre, ya que quien estuviese en comunicación con el «auténtico» Klaus Plumm tenía que conocer bien la voz de éste; pero el desconocido estaba probando a engañar al comunicante de Plumm, hablando en

alemán… Lo que no podía saber aquel hombre era que se estaba enfrentando a alguien cuyo cerebro era diez veces más rápido que el suyo.

—Klaus —alzó innecesariamente la voz Brigitte—… ¡Klaus! ¿Me oyes?

También habló en alemán. Enseguida llegó respuesta:

—Te oigo… ¡Dime!

—Klaus, ¿no me oyes? —insistió Brigitte, con voz disfrazada, un tanto áspera—… ¡Klaus, soy Helga! ¿Me oyes? ¡Klaus!

—¡Te oigo, Helga! Dime lo que…

—¡Klaus! Estoy muerta de frío… ¿No me oyes? ¡Soy Helga! ¿Todavía no has encontrado a tu amigo Helmutt? ¿Cuándo vas a pasar a recogerme? ¿Klaus? Klaus, ¿me oyes?

—Te oigo perfect…

—¡Klaus, si no vienes pronto, tú y tu amigo os podéis ir al infierno! No sé si me estás oyendo tú a mí, pero por si me oyes, escucha bien: me voy a un hotel, no puedo soportar más el frío. Te llamaré por la mañana, después de revisar mi radio. ¿Me has oído, Klaus?

—Escucha, no vayas a ningún hot…

—Klaus, adiós, si me oyes. ¡No puedo esperar más! Adiós.

Cerró la radio. Adolfo Cerato la estaba mirando con expresión entre desconcertada y alarmada. No entendía nada de nada, ya que Maria Piamonte no le había parecido precisamente sorda.

—¿No oía a ese hombre? —preguntó—. Yo lo oía perfectamente.

Brigitte se quedó mirándolo como si no lo viese. Todavía estaba pálida. De pronto, tras parpadear, asintió.

—Yo también le oía —murmuró—, pero si admitía que le oía tenía que rechazarlo como Klaus Plumm, pues no era su voz. Y como quería, de todos modos, simular que creía estar hablando con Klaus, por eso he simulado no oírle.

—¿Con qué fin? —Seguía sin entender Cerato.

—Con el de hacer comprender a ese hombre que Klaus es amigo de Helmutt Kopf, y que lo está buscando. Conozco bien el modo de operar de Klaus: habrá dicho que es amigo de Kopf, que éste le ha llamado ofreciéndole un trabajo… Espero haberlos convencido, así que no matarán a Klaus hasta que encuentren a Kopf y se aseguren o no de que son amigos. Eso nos da un margen de tiempo para

acudir en ayuda de Klaus…, si es que no lo han matado ya.

—¿Klaus es su amigo?

Maria Piamonte se quedó mirando a Cerato, y éste creyó ver en sus ojos un cierto brillo de lágrimas. O quizá fue sólo una ilusión óptica.

—Sí… Es mi amigo. El hombre que está dispuesto a ayudar a la TVEF, señor Cerato. Pero yo no quiero engañarlo a usted: a quien prefiero yo ayudar en estos momentos, por encima de todo y de todos, es a Klaus.

—Entonces ¿no vamos ya a la TVEF?

Brigitte se dejó caer en un sillón, y encendió un cigarrillo. Cerato observó el leve temblor de la mano de la espía. Brigitte estuvo fumando, pensativa, tensa, durante un minuto, antes de mirar de nuevo al hombre de la TVEF.

—Sí, iremos a la TVEF. Seguramente, los que la han ocupado son los mismos que tienen a Klaus. Si yo fuese al Donatello quizá cayese en la misma trampa que él. En cambio, partiendo de la TVEF puedo aproximarme a él por otro camino… No sospecharán de mí. Nos vamos inmediatamente, señor Cerato. Pero, por favor, olvide que he dicho llamarme Helga y que hablo alemán. Cuando lleguemos allá, me presentará como Maria Piamonte, simplemente, y dirá que soy una amiga de usted de hace tiempo, a la que estaba esperando para ofrecerme un puesto de trabajo en la TVEF.

—¿Qué clase de trabajo?

—Mmmm… ¿Tiene usted coche?

—Sí, claro…

—Vámonos. Por el camino pensaremos lo que diremos sobre mi persona cuando lleguemos a la TVEF.

# Capítulo VI

Maria Piamonte detuvo el coche, paró el motor, apagó las luces. Cerato señaló hacia las instalaciones del Puerto Viejo.

—Allá está. Tanto la emisora como los servicios complementarios están en un viejo pesquero llamado Pompeia, que hace servicios regulares de cabotaje, preferentemente por el Adriático.

—Muy inteligente —murmuró Maria Piamonte—. Vamos allá.

—Considerando que, según usted misma ha dicho, la TVEF está en poder de otra gente, he estado pensando que quizá deberíamos enfocar el asunto de otro modo, es decir, intentar ayudar a mis amigos…

—Ya lo estamos haciendo, señor Cerato.

—Pero nosotros dos solos… ¿qué podemos hacer? Y además, en cuanto pongamos los pies en el barco, nos controlarán, como a los demás.

—No se preocupe.

Cerato miró desconcertado una vez más a la extraña y hasta extraordinaria rubia. Por fin, asintió, aunque no del todo convencido, y se dispuso a salir del coche. Un par de minutos más tarde, él y la rubia subían por la pasarela del viejo pesquero surto en el extremo derecho de Porto Vecchio. Y apenas hablan puesto los pies en cubierta cuando tres hombres aparecieron ante ellos. Aparte de la iluminación reglamentaria del barco en puerto, llegaba un resplandor de la estación del ferrocarril y de Viale Miramare, así que Cerato pudo distinguir perfectamente los rostros de los tres hombres, lo que le permitió asumir su papel.

—¿Quiénes son ustedes? —exclamó.

—Lo mismo íbamos a preguntarles —sonrió uno de los hombres —: ¿quiénes son ustedes?

—¿Cómo que quiénes somos? ¡Soy Cerato, y…!

—Ah, Cerato —relucieron los ojos del hombre—… Estupendo. Es un placer recibirle a bordo, señor Cerato. ¿Y ella?

—Es una amiga. Escuche, van a explicarme ahora mismo…

—No se ponga nervioso. Vengan los dos… ¡Aquí fuera hace un frío maldito!

Esto era tan cierto que la rubia casi tiritaba. Ya no llovía, pero toda la cubierta del barco relucía aún de la lluvia caída en las horas anteriores. Todo relucía húmedo, frío.

Uno de los hombres se quedó en cubierta. Los otros dos acompañaron a Maria y Adolfo al interior del carguero, guiándolos hacia el camarín de trabajo del capitán, a cuya puerta llamó uno de ellos. Fue abierta casi en el acto por un sujeto alto, atlético, de rostro picado de viruela y ojos diminutos.

—¿Qué pasa…? ¿Quiénes son éstos?

—Cerato y una amiga —sonrió el otro.

—¿De veras? ¡Pero qué bien, hombre…! Pasen, pasen…, y así el señor Cerato nos explicará qué pasó en el apartamento de Via dell'Istria.

Fueron empujados al interior del camarín, cuyas dimensiones no eran superiores a cuatro por cinco metros. En una mesa, todavía con naipes en las manos, había tres hombres más. Uno de éstos se estaba poniendo en pie. Era enorme, altísimo, robusto, de ojos azules y cabellos rubios y muy largos. Miró a Cerato con cierta indiferencia, casi despectivamente, pero sus ojos relucieron cuando se posaron en Maria Piamonte.

Volvió a mirar a Cerato.

—Conque Cerato, ¿eh? —dijo enseguida—. Muy bien, esperamos que nos explique usted qué pasó en su apartamento, señor Cerato. Y por favor, no nos obligue a ser rudos de nuevo con usted… y con la señorita.

Adolfo Cerato hizo un gesto como quien, de pronto, comprende la situación.

—¿Son ustedes amigos de los dos que me torturaron? —susurró.

—Kopf y De Vries —asintió el hombre—. Sabemos que salieron de su apartamento con un hombre que parecía saber cómo proporcionarnos una pista para llegar hasta su emisora. Luego, no hemos vuelto a saber nada. ¿Qué es lo que sabe usted?

Cerato captó las miradas fijas, amenazadoras, de todos los

desconocidos, y pareció encogerse.

—No entiendo… No sé… Ellos me estuvieron golpeando, ya ven en qué estado estoy. Tengo… tengo esta mano inútil, casi no puedo caminar, porque me quemaron los pies…

—Señor Cerato —cortó secamente el gigante rubio—: ¿dónde están Kopf, De Vries, y el hombre que ellos capturaron?

—No tengo ni idea. Bueno, yo… yo estaba esperando a un hombre que decía que quería trabajar con la TVEF, pero los amigos de usted llegaron antes, y me torturaron… Cuando desperté, estaba solo en el apartamento… ¡Se lo juro!

El gigante rubio parpadeó. Frunció el ceño.

—Lo que usted dice tiene sentido —admitió de mala gana—. ¿Y esta mujer?

—Bueno, ella… ella había llegado de Venecia hacía poco, y me había llamado avisándome. Le dije que…

—¿Cuándo le llamó? ¿Después de que Kopf y De Vries estuvieron con usted?

—No, no. Antes, hacia las diez de la noche, cuando yo estaba esperando al hombre que…

—¿Cómo se llama ese hombre?

—No lo sé, pero sabía que era de confianza, teniendo en cuenta los canales por medio de los cuales nos habíamos comunicado. No le había visto nunca, no sé nada de él…, pero me interesaba ver qué podía ofrecer.

—De acuerdo. Sí, no es fácil llegar hasta usted, lo sé. Y menos fácil todavía ha sido llegar hasta la emisora, hasta aquí.

—Pero ustedes lo han conseguido… ¿Cómo?

—Todos tenemos nuestros recursos, señor Cerato —sonrió el gigante rubio—. Estábamos hablando de ella —señaló a Brigitte.

—Sí… Bueno, ella vino a Trieste porque yo la llamé. Llegó de Venecia a eso de las diez de la noche, y me llamó, preguntándome si se reunía conmigo en mi apartamento. Le dije que no, claro, ya que no sabía cuánto podía durar mi entrevista con el otro, ni si podría… confiar en él plenamente, por el momento. Así que Maria me dijo que se quedaría en un hotel, y que me llamaría por la mañana. Le pregunté qué hotel, y convinimos que yo la llamaría, al día siguiente. Pero… cuando me recobré de… de lo que me hicieron sus amigos, y me encontré solo y herido… Bueno, llamé a Maria,

ella acudió, me curó como pudo, y pensé que lo mejor era venir los dos aquí enseguida. No se me ocurrió que…

—¿Que hubiésemos ocupado la TVEF? —sonrió el rubio—. Pues ya ve. Maria… ¿qué más?

—Maria Piamonte.

—Muy bien. ¿Y qué pinta ella en esto, para qué sirve en la TVEF?

—Bueno, Maria ha estado muchos años en Estados Unidos, concretamente en Nueva York… Asistió a la Universidad de Columbia, es muy inteligente… Está licenciada en Psicología.

—¿Psicología? ¿Y para qué quieren ustedes una psicóloga?

—Pensé… que sería interesante que antes de dar por buenas las emisiones Maria examinase los textos, para hacer algunas sugerencias. Es experta en psicología de masas, ha estado trabajando en una empresa dedicada a hacer encuestas en Estados Unidos… Bueno, se me ocurrió que sus indicaciones podían ser muy útiles para redactar los textos finales destinados a… a las masas obreras… de modo que fuésemos… convincentes.

—Eso es muy astuto por su parte, señor Cerato. Le felicito.

—¿Dónde está Felice? ¿Y Anton? ¿Qué han hecho con ellos?

—Tranquilícese, los dos están bien. Bueno, seguimos sin saber qué ha ocurrido exactamente con De Vries y Kopf, y eso me tiene bastante inquieto… ¿Seguro que usted no sabe nada, señor Cerato?

—No, ya le he dicho…

—¿Le suena el nombre de Klaus Plumm?

—¿Plumm…? No… No lo recuerdo, no.

—¿Y a usted? —Miró el rubio a Maria.

—No señor.

El rubio frunció de nuevo el ceño, y se dejó caer en la silla. Se quedó mirando los naipes que había sobre la mesa, pero, evidentemente, estaba pensando. Y Maria Piamonte sabía lo que estaba pensando: si Klaus Plumm, al que, ahora ella lo sabía con seguridad, habían capturado, era amigo de Kopf realmente, como había dicho la tal Helga, no podía haber tenido nada que ver con la desaparición de Kopf y de De Vries. Al contrario, lo estaba buscando también. Y entonces…, ¿dónde estaban De Vries y Kopf y qué les había ocurrido? ¿Quién o quiénes más habían entrado en el juego? Por supuesto, el gigante rubio debía de estar muy

preocupado por esto, y sus palabras así lo demostraron:

—Esperaremos sólo hasta las siete de la mañana —murmuró—. Si para entonces no sabemos nada de Kopf y De Vries, zaparemos. No podemos quedarnos aquí.

—¿Por qué no? —preguntó otro de los jugadores de cartas—. Ya hemos hablado antes de esto: no le dijiste a ellos nada sobre el barco, sólo que los esperábamos. Así que todo lo que ellos podrían decir si alguien los ha capturado es que los esperábamos en el Puerto Nuevo, y nada más. Y lo mismo con Alida, que ya sabemos que fue allá, a Puerto Nuevo, con ese amigo de Helmutt…

—Esa zorra casi lo mata —gruñó el rubio—… Y un tipo amigo de Helmutt siempre puede ser útil. Está bien… No sé. Creo que lo mejor será volver a llamar, y que sea el jefe quien tome la decisión final. Pero, a fin de cuentas, ¿qué hacemos aquí? Tenemos el barco con todo el sistema de la TVEF, tanto en hombres como en material. Incluso el muy viajero señor Cerato está aquí…, y con una amiga que parece que puede ser útil. ¿Por qué quedarnos en Trieste?

—Consulta a Sergio —encogió los hombros el otro.

—Eso haré… Llevaos a estos dos —señaló con un dedote enorme a Cerato y Maria Piamonte—. Ponedlos con los demás…, con los mandos, quiero decir.

—Pero… ¿qué significa todo esto? —preguntó Cerato.

—Cierre la boca —gruñó uno de los sujetos.

Y casi lo derribó al empujarlo hacia la puerta. Maria se apresuró a sostenerlo, y salieron ambos. Ayudando Maria a Cerato, llegaron ante la puerta del camarote privado del capitán, frente a la cual había dos hombres armados. Uno de ellos captó la seña de su compañero que llegaba con dos nuevos prisioneros, empujó la puerta tras accionar la cerradura con la llave, y Maria y Adolfo fueron empujados al interior, que estaba a oscuras.

Pero enseguida, se encendió la luz. Había tres hombres allí dentro, sentados en la litera, uno de ellos retirando la mano del interruptor que había junto a aquélla. Los tres parecían un tanto soñolientos.

Maria identificó enseguida a Anton Yelikov, que en persona le pareció todavía más hermoso e inteligente que en la pantalla…

—¡Adolfo! —exclamó otro de los allí reunidos, poniéndose en pie—. ¿Qué te ha pasado?

Cerato abrió la boca, pero Maria Piamonte le tocó en el brazo, y cuando él la miró, ella se tocó una orejita, y luego señaló alrededor. Cerato quedó un instante con la boca abierta, pero comprendió enseguida: podían estar escuchándoles, de modo que tenía que ofrecer la versión que habían convenido Maria Piamonte y él.

—Ella es Maria Piamonte, la amiga de la que os hablé —dijo al mismo tiempo que guiñaba un ojo—… Estoy tan mal que no habría podido llegar hasta aquí sin su ayuda… ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quiénes son esos hombres?

El hombre que se había puesto en pie tan sobresaltado al ver a Cerato en aquel estado se había acercado a él, y le tomó cariñosamente por un brazo, llevándolo hacia la litera, que los otros dos se apresuraron a dejar libre.

—Ven, amigo mío, ven… Ya tendremos tiempo para explicaciones por ambas partes. Eso es… Descansa aquí. Y no te preocupes por nada, ¿de acuerdo? Todo se arreglará, ya verás… ¿Verdad, Anton?

—Claro que sí, Felice —sonrió Yelikov.

Maria Piamonte contemplaba asombrada al hombre que ayudaba a Cerato a tenderse en la litera. ¿Aquél era Felice Meneghini? Más bien habría pensado que lo era el tercer hombre allí encerrado, alto, fuerte, de mirada viva… Pero no. Éste debía de ser el capitán del barco, evidentemente. En cuanto a Meneghini… ¡qué decepción! Era de estatura mediana, ligeramente obeso, aspecto vulgar. Era un poco calvo, su rostro era redondo, sus ojos oscuros aparecían un poco saltones… No había en Felice Meneghini ningún detalle que pudiera hacer pensar que era un hombre… especial, excepcional, como parecía serlo Anton Yelikov. No podían ser más diferentes uno de otro…, al menos en el aspecto físico.

—Sí, todo se arreglará —parecía querer convencerse a sí mismo Meneghini, volviéndose hacia Brigitte—… Bueno, señorita Piamonte, encantado de conocerla. Todos estamos encantados, créame —guiñó un ojo—. Adolfo nos habló de usted, pero usted no nos conoce a nosotros, claro. Bueno, a Anton sí debe de conocerlo por las emisiones, ¿no es así?

—Sí… Sí, en efecto.

—Él es —señaló al otro— Luigi Montesco, el capitán del Pompeia, y, realmente, el hombre que más riesgos corre, llevando

de un lado a otro la TVEF, en este barcucho. Bien, quizá más adelante podamos disponer de medios técnicos y logísticos de mayor importancia y seguridad para todos, pero de momento nos vamos arreglando… Oh, yo soy Felice Meneghini, algo así como un ayudante de Anton…

Anton Yelikov soltó una carcajada.

—¡No le haga caso! —exclamó—. Él es el cerebro de todo el proyecto y los programas de la TVEF, señorita Piamonte. Es el que piensa en todo, el que lo dirige todo, el que lo decide todo…, el que lo ideó todo.

—Vamos, vamos, Anton… —protestó Meneghini.

—Está bien, ya te irá conociendo la señorita Piamonte. Es decir, si todo esto termina bien, claro está.

—¡Claro que terminará bien! —aseguró Meneghini.

Brigitte comenzó a mirarlo con más curiosidad. O era un insensato, o un optimista de recio espíritu de primera categoría.

—¿Por qué cree usted que todo terminará bien, señor Meneghini? —preguntó amablemente—. A mí, toda esta situación me ha parecido… por lo menos preocupante.

—Bueno, sí, pero todo se solucionará. No puede ser de otro modo, créame.

—¿No? ¿En qué basa usted ese optimismo?

—Pues en que nosotros tenemos la bondad y las buenas intenciones de nuestra parte.

—¡Ah! Ya entiendo. ¿Y esos otros hombres? ¿Qué es lo que quieren, quiénes son?

—No tenemos idea de lo uno ni de lo otro. Llegaron aquí, armados, y nos redujeron. A nosotros tres nos encerraron aquí, y creo que al resto del personal de la TVEF los han encerrado en uno de los compartimientos de carga, pero eso ha sido todo. No han hecho mal a nadie.

—Eso es reconfortante —murmuró la rubia Maria—. Pero si han hecho esto debe de ser por algo, ¿no cree?

—Sí, sí, sin duda… Pero no imagino qué.

—¿No lo imagina? De momento, están utilizando la TVEF.

—¿Qué? —La miró atónito Meneghini—. ¿Qué dice?

—¿No sabe usted que esta noche han emitido un programa?

—No… No. Pero si precisamente yo creía que lo que querían era

impedir que efectuásemos las emisiones… ¿Cómo que han emitido un programa?

¿Qué programa? ¿Quién ha sido el locutor?

—Yo, Felice —murmuró Yelikov—. Lo hice cuando estuve con ellos tanto rato, y al volver te dije que me habían estado haciendo muchas preguntas. En realidad, hice un programa.

—Pero… ¡Anton! ¡Me has mentido!

—Lo siento.

—Si tú has hecho eso es porque te obligaron… ¿Te amenazaron con torturarte, como han hecho con Adolfo?

—Pues… no. No. En realidad, sólo me dieron un par de golpes sin importancia…

—Pero entonces… ¡¿por qué cediste?!

—Me dijeron que si no les obedecía os iban a matar a la mitad de vosotros, empezando por ti.

—Dios mío… ¿Y qué… qué programa emitiste? ¿El que teníamos preparado, claro…?

—No, No, Felice… No.

—¿Qué dijiste?

—Bueno, señor Meneghini —intervino Maria Piamonte, que había ido mirando de uno a otro—, usted no debería sorprenderse tanto. Está claro que si han ocupado el barco ha sido para algo. ¿Realmente no les han dicho nada? ¿No han expuesto sus intenciones?

—No me dijeron nada a mí —murmuró Meneghini—… Pero ahora comprendo. Quieren utilizar la TVEF para otros fines, está claro. Anton: ¿qué dijiste? ¿Fue un programa dentro de nuestra línea?

—No. Quizá se lo pareciera a algunos, pero no. No, Felice.

—¡Pero nunca debiste…!

—Señor Meneghini —intervino de nuevo Maria—: ¿qué es lo que realmente se propone usted con sus programas?

—¡Cómo que qué me propongo realmente! —jadeó Meneghini —. ¡Siempre me ha parecido que estaba bien claro! ¿Acaso no ha visto usted ninguno de los programas de la TVEF?

—Por supuesto, pero…

—¡Que qué me propongo! ¿Le parece que no está claro? ¡Me propongo proporcionar felicidad a millones de personas!

—¿A cambio de qué?

Meneghini se quedó estupefacto, mirando a Maria Piamonte como si no la hubiera entendido.

—¿A cambio de qué? —murmuró.

—Cualquiera podría suponer, y yo creo que con cierta lógica, que usted espera obtener algo con todo eso, señor Meneghini.

—¿Yo? ¿Yo? ¿Obtener algo para mí?

—Eso tendría sentido, la verdad.

—Obtener algo para mí… ¿Qué cosa, por ejemplo?

—No tengo ni la menor idea —sonrió la divina espía.

—Pues yo tampoco… ¡Obtener algo para mí! Escuche, hace años yo tenía tanto dinero que sabía que nunca podría gastarlo todo, como no fuese volviéndome loco. Sí, tenía mucho, muchísimo dinero… Pero de pronto, un día, me di cuenta de que eso era todo lo que tenía en la vida: dinero. No tenía familia, ni amigos, y ya había comprobado que todas las mujeres con las que me relacionaba acudían a mí en busca de parte de ese dinero. Lo mismo que mis amigos, conocidos, empleados… Y un día… un día me eché a llorar.

»Estaba en una reunión importante, con algunos de mis consejeros. Los estaba viendo hablar, discutir, pelearse entre ellos, luchar por conseguir cosas… Y me di cuenta, de pronto, de que nadie quería nada más que su propio bienestar económico. ¡Era lo único que les importaba! Me di cuenta de que ninguno estimaba a los otros, y sobre todo, me di cuenta de que ninguno me estimaba en lo más mínimo a mí… Entonces fue cuando me eché a llorar.

Maria Piamonte sonrió amablemente.

—Debió de sorprender usted mucho a sus consejeros, supongo.

—¿Sorprenderlos? Pensaron que me había vuelto loco, claro. ¿Y sabe qué hice yo? Pues, salí de la sala de juntas, sin más, sin decir nada, sin despedirme de nadie. Aquella misma tarde me compré una motocicleta, algo de ropa deportiva, y me fui a Lido di Ostia… De allí, siempre en motocicleta, fui hacia el norte. Estuve en la Costa Azul, pasé a España, estuve en Portugal, pasé a África, luego regresé a Italia por el este… Señorita Piamonte: ¿sabe qué encontré en todas partes donde estuve?

—¿Qué encontró?

—Nada que valiera la pena.

—Siempre hay algo que vale la pena, señor Meneghini.

—Sí, quizá… Pensé en hacerme artista. Ah, sí, podía… escribir buenos libros hermosos y rebosantes de amor, o pintar cuadros, o componer música… Pero pronto caí en la cuenta de que la mayor parte de estas cosas sólo llegarían a una parte de la gente, así que no podría… producir belleza y felicidad para todos. ¡Y eso era lo que yo quería! Así que… comencé a pensar… Decidí que sólo había una cosa por la que valía la pena luchar: la felicidad. ¿Cree que estoy loco?

—No.

—Bueno, algunos creyeron que sí… Si me acercaba a alguna persona y le ofrecía algo, o le preguntaba si podía ayudarla en algo, me miraba con desconfianza, incluso algunos, con ira… Estaba desconcertado y asustado. Entonces fue cuando conocí a Anton, en París… ¿Te acuerdas, Anton?

—Ésa es una pregunta tonta, Felice —casi rió Yelikov.

—Es verdad —Meneghini sonrió como un niño—… Yo estaba en un *cabaret,* medio borracho. Y de pronto, tuve una idea espléndida: me subí a una mesa, y grité: ¿hay alguien aquí que quiera ser feliz?

—¡Cielos! —rió Maria—. ¿Eso hizo usted?

—Eso hice. Cabe suponer que al escuchar esto se hubiesen alzado todas las manos, que todos hubiesen gritado: ¡yo, yo, yo, yo…! ¿No le parece? Pues bien: ninguna mano se alzó. Todos me miraron con desconfianza, irritados unos, despectivos otros… Bueno, dos empleados de *cabaret* me sacaron en volandas, y me tiraron a la calle, como si fuese… un montón de basura. Entonces, apareció Anton…

—¡Fue divertido! —rió Adolfo Cerato, tendido en la litera—. ¡Nunca me canso de escuchártelo, Felice! Sigue, sigue…

—Claro que sí —sonrió infantilmente Meneghini—… Apareció Anton. Cuando lo vi me quedé pasmado: tan alto, tan hermoso, tan elegante, con aquella mirada tan limpia… Me ayudó a ponerme en pie, y me dijo que él sí quería ser feliz. Le pregunté que quién demonios era él, y me dijo: soy Anton Yelikov, hijo de emigrados rusos, ciudadano francés, y vivo como un rey haciendo de gigoló con mujeres ricas que no valen nada. Yo tampoco valgo nada; sólo soy guapo, inteligente, y hablo varios idiomas. Tengo dos coches, un apartamento en el boulevard Raspail, las mujeres que quiero

además de las viejas ricas, y creo que alguna vez estuve a punto de terminar la carrera de abogado. Ahora sólo soy un querido bello, vacío y desdichado. ¿Cómo puede usted hacerme feliz, señor?

Meneghini calló, y quedó como sumido en sus recuerdos. Maria Piamonte miró a Yelikov, que encogió los hombros y sonrió, como pidiendo disculpas, de un modo en verdad simpático.

Maria volvió a mirar a Meneghini.

—¿Qué le contestó usted a Anton, señor Meneghini?

Éste alzó la cabeza.

—Muchacho —le dije—, ayúdeme a llegar a un sitio donde podamos tomar una buena sopa de cebolla, y le contaré cosas de la vida tan feas que si hace todo lo contrario será feliz. Y yo también seré feliz si consigo que lo sea usted… ¿Obtener algo para mí? Bueno, usted tiene razón, señorita Piamonte: lo que yo obtengo para mí es la felicidad de hacer felices a los demás. ¿Le parece poco?

—No —murmuró Maria.

—Pues eso es todo.

—Felice —dijo el capitán Montesco, sonriendo—, cuéntanos aquello de cuando tú y Anton, después de haceros amigos, fuisteis a Cannes y empezasteis a repartir billetes de cien francos. ¡Fue un experimento de lo más divertido!

—No tanto —masculló Anton Yelikov—: la policía nos detuvo.

—¡Pues por eso es divertido! —rió Luigi Montesco.

—Bueno, visto ahora, sí. Pero entonces no tuvo nada de gracia. La policía pensó que estábamos tramando algo sucio. Y hasta algunas personas se negaron a aceptar el dinero, desconfiando de nuestras intenciones. Estuvimos dos días en la Prefectura.

—Sí —rió Meneghini—, pero cuando salimos de allí, todos eran amigos nuestros. Anton, fue un bonito principio, ¿verdad?

Brigitte Baby Montfort miraba de nuevo de uno a otro personaje, a medida que cada uno tomaba la palabra. ¿Estaba soñando? ¿O todo aquello formaba parte de la vida real? En su interior, desconfiaba…, lo cual era justamente lo que había hecho todo el mundo con Meneghini y luego con Yelikov. Su faceta de espía desconfiaba, buscaba otras explicaciones a todo aquello. ¿Solamente buscaban la felicidad de los demás, para así ser felices ellos? ¿Les bastaba eso? ¿Era todo cuanto querían aquellos… extraños seres de la TVEF?

De pronto, se dio cuenta de que Anton Yelikov la estaba mirando fijamente, y que había en los claros ojos del galorruso una chispa de ironía amable. Yelikov se estaba dando cuenta de que ella desconfiaba, de que se resistía a creer todo aquello…

La puerta se abrió de pronto, y aparecieron los dos hombres de antes.

—Usted —señaló uno de ellos a Maria Piamonte—: venga con nosotros. La están esperando.

# Capítulo VII

Finalmente, el coche se detuvo ante una casa frente a la playa, cerca de Monfalcone, a treinta kilómetros de Trieste. Hacia el este aparecía en el nuboso cielo como una lívida luz tamizada, apenas un levísimo resplandor.

—Salga.

Maria Piamonte se apeó, mirando hacia el mar, de un tono gris perla. Estaba extraordinariamente quieto, como oprimido por las densas nubes.

Era deprimente. En realidad, todo era deprimente en aquel principio de amanecer…, todo menos la esperanza, casi la certeza que tenía Brigitte de que en aquella casa estaba Número Uno… con vida.

—Camine.

Se volvió hacia la casa, y caminó hacia ella. Era vieja, deslucida, y tenía en el reducido jardín un par de árboles pelados. No se veía luz alguna. Junto a Maria Piamonte caminaban los dos hombres, mientras el que había conducido el coche cerraba éste y corría tras ellos.

La puerta de la casa se abrió antes de que llegaran, y un hombre los recibió. Entraron. El hombre que había abierto la puerta se puso a cuchichear con uno de los recién llegados, que asintió, y se volvió hacia la bella rubia.

—Puede dormir unas horas, si quiere. Hablarán con usted más tarde.

—¿Quién? ¿Qué es lo que quieren de mí?

El hombre movió la cabeza, la tomó de un brazo, y la llevó hacia una habitación, seguido del otro. El mobiliario de la habitación era pesado, viejo.

Uno de los hombres retiró el grueso cordón de una cortina, ató las manos de Brigitte a la espalda y luego a los barrotes de la

cabecera, y finalmente le ató los pies.

Luego, salieron de la habitación.

Maria Piamonte cerró los ojos, y se durmió. Abrió los ojos.

Los dos hombres estaban entrando en la habitación, y la desataron rápidamente, mientras Maria miraba hacia la ventana, donde se percibía la claridad del día. Una claridad relativa, grisácea. Pero todavía no llovía de nuevo… Apareció otra persona en la puerta: una mujer alta, hermosa, de ojos oscuros y cabellos castaños, que se acercó contemplando atentamente a la espía, la cual pensó enseguida que la recién llegada podía ser la tal Alida, mencionada en el Pompeia…

—¿Tiene apetito? —preguntó, en alemán, Alida.

—¿Qué? Perdone, pero…

—¿Tiene apetito? —repitió Alida Luciani, en italiano.

—Ah… Sí, bastante.

—Le prepararemos algo, pero antes… Tengo entendido que es usted experta en psicología, o algo así.

—Licenciada en Psicología.

—Bien. ¿Ha estudiado Medicina? Lo digo porque tenemos en la casa a un herido, y me gustaría que le echase un vistazo. ¿Entiende algo de heridas?

—Puedo hacer una cura aceptable, si la herida no es importante.

—No… No creo que lo sea. Venga conmigo.

—¿Para eso me han traído aquí?

—No. Pero ya que podemos disponer de alguien que sabe hacer una cura, aprovecharemos la circunstancia. Venga.

Salieron de la habitación, recorrieron un corto trecho de pasillo, y entraron en otra, siempre seguidos por los dos hombres, que por otra parte no parecían tener excesivas precauciones con la rubia Maria Piamonte.

Ésta se detuvo en el umbral al ver al herido que yacía de bruces en la cama. Tenía puestos los pantalones y los zapatos, pero estaba desnudo de cintura para arriba, y la parte inferior del torso aparecía toscamente vendada.

Alida lo señaló, y Maria Piamonte se acercó. Quedó junto a la cama, en el lado hacia el cual tenía vuelta la cabeza el herido, que la estaba mirando, impasible. Tampoco Brigitte hizo gesto alguno cuando su mirada se cruzó con la de Número Uno.

Se inclinó un poco, y le puso una mano en un lado de la frente.

—Me parece que tiene un poco de fiebre —murmuró—. Veremos la herida. Necesito unas tijeras…, y agua caliente, gasas, vendas, alcohol… ¿Disponen de todo esto?

—Se lo traeremos.

Un par de minutos más tarde, Maria Piamonte cortaba el tosco vendaje, y lo retiraba cuidadosamente.

Se quedó mirando los dos orificios de bordes inflamados, casi juntos, en la parte inferior de la espalda, un poco por debajo de las costillas, y movió la cabeza, con un gesto de preocupación que hizo fruncir el ceño a Alida Luciani.

Maria Piamonte se acuclilló junto a la cama, frente al rostro de Angelo Tomasini.

—¿Qué siente en las heridas? ¿Calor, picazón, o sólo dolor?

—Estoy mejor de lo que ellos creen —susurró Uno en ruso.

—¿Qué dice? No le oigo… ¿Puede hablar un poco más alto? El herido se aclaró la voz.

—Siento… siento calor y dolor —jadeó penosamente, ahora en audible italiano.

—De acuerdo. Está usted bastante mal, pero creo que podré aliviarle un poco. Seguramente, le dolerá, pero será mejor que no se mueva.

El herido asintió, con un par de parpadeos, primero. Pero luego, como si algo le ocurriese en los ojos, o quizá como si estuviese a punto de desmayarse, parpadeó repetidamente. Solamente para la agente Baby tuvieron significado aquellos parpadeos, solamente ella captó el mensaje en morse: ha sido ella con un punzón; ten cuidado.

Maria Piamonte se incorporó, evitando mirar a la mujer de los cabellos castaños, por temor a no poder ocultar la expresión de sus ojos, que habría sin duda alarmado a la mujer del punzón.

Conque un punzón… Muy bien.

En silencio, observada por Alida y los dos hombres, procedió a curar a Número Uno lo mejor que pudo y supo, desinfectando los circulares bordes inflamados de las dos heridas. El herido no emitió ni un solo quejido, cosa que, ciertamente, no sorprendió a la rubia Maria. Fue como si no estuviesen haciendo nada en su cuerpo… Se imaginó lo sucedido: en determinado momento, Uno se había confiado, o ella le había engañado, y entonces, por la espalda, le

había clavado por dos veces el punzón…

—Bien, por ahora no puedo hacer nada más. Desde luego, está muy débil, y tiene fiebre. Sería conveniente que volviese a verlo con frecuencia. Y habría que inyectarle algo para la infección…, pero no sé bien el qué, ni desde luego puedo extender receta alguna. Lo adecuado sería llamar a un médico.

—No podemos hacer eso.

—Bueno, dentro de una hora volveré a verlo, y ya veremos. Por ahora, es todo. Déjenlo descansar.

—Descansará. Venga, la están esperando en la cocina…

Maria Piamonte hizo un leve gesto de sorpresa con las cejas, y eso fue todo. Siguió a Alida hacia la cocina, seguidas ambas por los dos hombres.

Cuando entraron en la cocina, el hombre que estaba frente al horno se volvió, parpadeó evidentemente sorprendido al ver a Maria, y enseguida, sonrió.

—Es usted muy bonita, señorita Piamonte —dijo, en perfecto italiano.

Maria se quedó mirando fijamente al hombre. Bajo, grueso, de cabellos rizados, ojos negros; debía de tener un buen sastre, que hacía lo posible por darle algo de esbeltez a su rechoncho pero fornido corpachón. Le calculó unos treinta y cinco años.

—Gracias, es usted muy amable, señor… señor…

—Sergio Spinelli —sonrió de nuevo el rechoncho—… ¿Tiene apetito? Si es así, puedo obsequiarla con unas *pizzas* que estoy preparando personalmente.

—Nunca he desayunado con *pizza* —dijo Maria Piamonte—, pero siempre sucede todo una primera vez. Y a lo mejor, hasta me gusta hacerlo.

Sergio Spinelli, que la había estado escuchando con suma atención, hizo un gesto admirativo.

—Tiene usted una voz preciosa: bien modulada, dulce, suave… ¿Le gustaría ser locutora de televisión?

—¿De la TVEF? —sonrió Maria.

—Evidentemente.

—Me parece que no me gustaría mucho… si todos los programas fuesen como el de esta noche.

Spinelli alzó las cejas, como sorprendido. Luego, se volvió hacia

el horno, del que retiró una bandeja en la que había cuatro *pizzas* pequeñas, pero de aspecto muy agradable.

—Creo que ya están —murmuró—… Me irrita cocinar en estas condiciones: la cocina es vieja, y he tenido que arreglarla para que funcione. Claro que tampoco se podía pedir más a una vieja casa alquilada deprisa y corriendo… Pero creo que estarán buenas. ¿Quiere un poco de vino?

—Por supuesto.

—La cocina es mi *hobby*. —Spinelli sacó cubiertos de una alacena cerrada, y los colocó junto a las *pizzas*—, pero claro, hay que tener todo lo mejor para conseguir comidas dignas de tal nombre. Lo demás son sucedáneos. ¿Qué vino le gustaría?

—Valpolicella.

—Me lo temía. Sólo tenemos Chianti. *Va bene*?

—Me resignaré.

Sergio Spinelli procuró la botella de Chianti, que colocó sobre la mesita. Llevó allá dos vasos, la bandeja con las *pizzas*, los cubiertos adecuados, dos platos…

—Usted y yo somos los últimos en desayunar —dijo, tras señalar a Maria una de las sillas—. Acostumbro levantarme más temprano, pero anoche estuve trabajando hasta muy tarde. Mejor dicho, ya no era anoche, sino esta madrugada… ¿Qué tal?

Maria Piamonte había cortado un trocito de *pizza*, y la estaba masticando expectante.

Asintió, con gesto aprobativo.

—Está muy buena, de veras. Hacía tiempo que no probaba una *pizza* tan sabrosa, señor Spinelli.

—¡No sabe cuánto le agradezco esas palabras! —exclamó el sujeto—. La mayoría de las personas carecen de gustos definidos, lo mismo comen una *pizza* que otra, y beben cualquier vino… En cambio, las personas de calidad saben elegir sus manjares y sus vinos. Bueno, las personas de calidad saben elegir siempre lo mejor de todo, claro está. ¿Por qué no le gustó a usted el programa de anoche?

—Era una incitación al rencor, al odio, a la rebelión contra la vida que muchas personas no tienen más remedio que vivir…, ya que no les dejan otra.

—Es usted muy perceptiva. Pero eso es normal en una persona

de calidad: universitaria en Estados Unidos, licenciada en Psicología… Sin duda es usted muy inteligente, señorita Piamonte.

—Sí, en efecto.

Spinelli se quedó mirándola como pasmado, y luego soltó una carcajada.

—¡Estupendo! —exclamó—. De modo que es usted una de esas personas conscientes de su propia valía, de su categoría humana… ¿No es así?

—Por supuesto. No me considero menos que nadie ni más que nadie, en líneas generales, pero hace ya tiempo que descubrí que soy una persona… poco común, dotada por la Providencia de una inteligencia más que notable, y de una gran intuición selectiva…, y no sólo para la comida o los vinos, sino para las personas y las situaciones.

Spinelli, que estaba boquiabierto, reaccionó.

—Señorita Piamonte, ¡me deja usted pasmado! Y maravillado. ¿Está bueno el Chianti?

—Es Chianti, simplemente. Sigo prefiriendo el Valpolicella.

—¿Quiere decir que usted nunca cambia de opinión?

—Nunca, si ya he hecho mi selección. Ahora bien, si surge algo nuevo me intereso por ello, lo analizo, lo valoro…, y si vale la pena, lo admito, y lo incorporo a la cantidad de cosas que hacen agradable mi vida. Éste no es el caso del Chianti… mientras haya Valpolicella.

—Veamos… ¿Está usted queriendo hacerme entender que yo soy el Chianti y su amigo Adolfo Cerato es el Valpolicella?

—Sí. Pero con una diferencia: el Chianti ya sé cómo es, y lo que puedo esperar de él, y en cambio no conozco esos detalles sobre usted, señor Spinelli.

—Su estilo de conversación es magnífico… ¡Magnífico! Por supuesto, yo sí he comprendido ya de usted que es una persona en verdad fuera de lo común, extraordinaria. Estoy sorprendido y satisfecho, Me gusta que entre mi personal haya mujeres, porque en ocasiones son más útiles que los hombres, No por sí mismas, sino porque determinadas situaciones pueden resolverse mejor utilizando a una mujer. ¿Me ha comprendido?

—Naturalmente.

—Claro: naturalmente. Usted podría comprender cualquier cosa,

¿no es cierto?

—Si me la explican adecuadamente, sin duda alguna. Me pregunto si usted está capacitado para explicarme… adecuadamente qué se propone con esa clase de programas… explosivos.

—Ya que es tan inteligente, adivínelo usted —sonrió Sergio Spinelli—…, si puede, claro.

Maria Piamonte se quedó mirando irónicamente a Spinelli mientras masticaba otro trozo de *pizza*.

Cuando la hubo engullido, dijo:

—Las explicaciones pueden ser muchas, pero me inclino a seleccionar una sola. En mi opinión, usted está persiguiendo precisamente eso: soliviantar a las masas trabajadoras de Europa.

—¿Con qué fin? —susurró Spinelli.

—Evidentemente, con el de provocar un colapso laboral total en el viejo continente. Contando con los programas de la TVEF y con algunos agitadores adecuados y bien distribuidos, se podría llegar a conseguir una revuelta social de tal envergadura que Europa quedaría completamente paralizada en todos los aspectos: trenes, aviones, fluido eléctrico, industrias, escuelas, medios de comunicación, agricultura, comercio en general… Prácticamente todo. Lo que me pregunto es: ¿qué ganaría usted con ello? Bueno, usted y quienes le están dirigiendo, señor Spinelli.

Éste se había erguido, y estaba tenso, relucientes los ojos.

—¿Y quién supone usted que me está dirigiendo? —Gruñó.

—Evidentemente, debo rechazar la posibilidad de que sea cualquiera de los gobiernos establecidos, pues eso sería tirar piedras contra su propio tejado. Así que no está usted al servicio de ninguno de los gobiernos de Europa. Rechazado esto, se me ocurren dos alternativas. Una: que esté el servicio de Estados Unidos…, o mejor dicho, de cierto sector del poder económico de los Estados Unidos que pretende arruinar Europa, sumirla en el caos…, para luego sacarla de ese caos y de la ruina, pero con determinados condicionamientos políticos y sobre todo económicos que dejarían a la vieja Europa en manos de ese poderoso grupo de multinacionales norteamericanas; es un proyecto tan ambicioso, de tal envergadura, que dudo mucho que se le haya podido encargar a un hombre como usted, que sólo dispone de unos cuantos cómplices de quinta categoría…, de modo que me siento inclinada por la alternativa

segunda. Esta alternativa implicaría la existencia de un plan terrorista de gran envergadura también, pero que podría ir realizándose por partes. ¿Qué perseguirían con eso los terroristas de altos vuelos que le han contratado a usted? Pues simplemente eso: sembrar el terrorismo en Europa. Un terrorismo que, aparentemente, sería… pacífico, sólo de índole económica, pero que, fatalmente, señor Spinelli, terminaría con el uso de las armas. ¿No ha pensado usted en esto?

Cuando Maria Piamonte dejó de hablar quedó un silencio denso, total. Spinelli, Alida y los dos hombres la contemplaban con expresión desorbitada; parecía como si hubiesen recibido un mazazo en la cabeza y todavía no se hubiesen recuperado.

—¿Quién es usted? —jadeó de pronto Spinelli.

—Es una pregunta absurda, puesto que ya conoce la respuesta: Maria Piamonte.

—¿De dónde ha salido usted…, a qué se dedica en realidad, para quién trabaja?

—Vamos, señor Spinelli, no diga tonterías. ¿Para quién supone que puedo estar trabajando?

—Usted… usted tiene que ser del servicio secreto italiano, o algo parecido…

—Eso es una tontería. Si yo fuese del servicio secreto italiano, usted y su gente ya estarían a buen recaudo. No. El servicio secreto italiano todavía no ha localizado a la TVEF, y por lo tanto, no los ha localizado a ustedes; al menos, eso parece. Pero en cuanto lo hagan, tenga por seguro que asaltarán el Pompeia, esta casa, y todo cuanto esté relacionado con la TVEF. Pero esto, señor Spinelli, no debe temerlo usted solamente del servicio secreto italiano, sino de cualquier servicio secreto, empezando, claro está, por la CIA americana y la MVD soviética: ninguno de estos servicios consentiría que un grupo de terroristas soliviantasen a las masas trabajadoras europeas… mientras ellos, sus respectivos países, quiero decir, no estén preparados para obtener provecho de ello. Así pues, señor Spinelli, y ya que ha hablado usted de servicios secretos, no se sorprenda demasiado si en cualquier momento aparecen por aquí un montón de agentes rusos y norteamericanos con la consigna de hacer enmudecer a la TVEF inmediatamente. Hasta ahora no le han concedido demasiada importancia, y,

además, analizando las emisiones de la TVEF, es más que posible que se hayan sentido satisfechos con ellas, habida cuenta de que, si bien se emiten consejos para conseguir la felicidad todos ellos están, por el momento, basados en cierto conformismo, y, por supuesto, no incitan a ninguna clase de revolución, ni armada ni literal. Lo que significa que, en cierto modo, la TVEF, voluntaria o involuntariamente, ha estado… haciendo el juego al gran capital. Por eso no la han molestado. Pero, señor Spinelli, lo de usted ya es otra cosa: se ha echado encima a todos los servicios secretos europeos…, encabezados por la CIA y la MVD, claro está. No durará usted ni veinticuatro horas. Y en estas circunstancias… ¿no le parece mejor levantar el campo que seguir ese plan de terrorismo contra Europa pagado por… por…? ¿Por quién, señor Spinelli? ¿Quién pretende colocar a Europa al borde de la ruina y de la guerra total? ¿Quién?

—Sacadla de aquí —jadeó Spinelli—… ¡Sacad de aquí a esta mujer! ¡Encerradla en cualquier parte mientras pienso lo que tengo que hacer con ella!

—Eso es muy fácil de decidir, Sergio —dijo Alida.

Maria Piamonte ni siquiera la miró. Miraba a Spinelli, que tras reflexionar negó con la cabeza.

—No… Eso no, Alida. No por el momento, al menos. Tengo que pensar… ¡Me ha estropeado la digestión, señorita Piamonte!

—Lamentable —sonrió secamente la divina espía.

—Jan, Overk, lleváosla… Alida, quédate, tengo que hablar contigo. ¡He dicho que os la llevéis!

Maria Piamonte se puso en pie, sonriendo.

—Gracias por el desayuno, señor Spinelli.

## Capítulo VIII

La puerta se abrió, y apareció Alida. Overk y Jan la miraron, interrogantes. Ella hizo una seña hacia fuera de la habitación.

—Salid de aquí; tengo que hablar con ella.

Sentada en una vieja butaca, Brigitte miró inexpresivamente a Alida Luciani mientras ésta cerraba la puerta y luego iba a sentarse en el borde de la cama. Durante unos segundos estuvieron mirándose fijamente. De pronto, Alida sonrió.

—Has acertado en todo —susurró—… Spinelli está trabajando para una organización terrorista árabe que pretende arruinar definitivamente Europa. Pero, claro está, no para que se la queden luego los rusos y/o los americanos, sino para convertir Europa en… una nueva parte del mundo árabe. No sé los nombres de esa gente, pero te aseguro que son poderosísimos. ¿Qué pretenden exactamente?: pues, una vez arruinada Europa por las huelgas, los motines, las sublevaciones y rebeliones de toda clase, y diezmada por las armas, ese grupo árabe comenzaría a invertir en el viejo continente enormes cantidades de dinero, procedentes del petróleo, y se irían apoderando de todos los resortes del poder en Europa. ¿Lo entiendes?

—Sí. Lo que no entiendo es que hayas venido a decírmelo.

—Me has colocado en un apuro, Maria —frunció el ceño Alida Luciani—… Tengo que sacarte de aquí, salvarte la vida.

—¿Por qué motivo?

—Porque yo, como tú, soy agente secreto, pertenezco al SID[3]. Está claro que somos compañeras, y aunque hayamos llegado aquí por distintos caminos y sin saber nada una de la otra, no puedo permitir que te maten. Además, ya sabemos todo lo que queríamos saber, ¿no es cierto?

—Sí —asintió Maria Piamonte—… Es cierto. Debieron advertirnos a ambas de que enviaban a otra compañera, creo yo.

—Lo que significa que, en efecto, eres del SID.

—Claro. Como tú.

—Bien… Tenemos que pensar el modo de salir de aquí. De momento, simularemos que vuelves a curar al herido, y quizás encontremos el modo de escapar directamente por la ventana. ¿Estás de acuerdo?

—Claro. Y gracias por ayudarme.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí, supongo. —Alida se había puesto en pie, y Maria hizo lo mismo, acercándose una a la otra—. Entre compañeras, hay que ayudarse. ¿Verdad?

—Claro. ¿Por qué me miras así?

—¿Cómo te miro? —sonrió Alida—. Anda, vamos a ver a Klaus Plumm. Señaló hacia la puerta. Maria Piamonte asintió, y volvió la espalda a Alida…, que recibió en la mano derecha el punzón que se deslizó desde el interior de la manga, donde lo había tenido oculto… Alida empuñó con fuerza el punzón, sonrió cruelmente, gozando por anticipado de la muerte de Maria, echó la mano derecha hacia atrás, para tomar impulso y hundir el punzón hasta el fondo…

Maria Piamonte se volvió en este momento, con rapidez, pero sin sobresalto ni nerviosismo. Alida respingó cuando vio los ojos de Maria, en los que no había sorpresa, ni susto: sólo un tono helado, como congelado, una frialdad terrible… Pero, sobreponiéndose a la impresión que le causó aquella mirada, Alida Luciani lanzó el golpe con el punzón, hacia el bajo vientre de Maria…, la cual, simplemente, atrapó en el aire la muñeca de Alida con sus finos deditos, y los cerró.

Fue como si se hubiese cerrado un cepo de acero.

Alida comprendió demasiado tarde no sólo que en ningún momento había engañado a Maria Piamonte, sino que ésta estaba tan por encima de ella en todo como las estrellas lo están del fango. Abrió la boca para gritar, pero la mano libre de Maria se la tapó, con fuerza, mientras adelantaba el cuerpo y la empujaba con tal firmeza y potencia que ambas cayeron sobre la cama, Maria encima de Alida, que intentaba mover la cabeza, liberar su boca para gritar…

—No te esfuerces —susurró Baby Montfort—: simplemente, has llegado al final de tu camino de asesina.

Aterrorizada, Alida Luciani comenzó a comprobar la increíble fuerza física de Maria Piamonte cuando ésta hizo girar su muñeca y colocó la punta del punzón en su costado, sobre el hígado. Los ojos de Alida se desorbitaron, en sus mejillas apareció la hinchazón del aire del grito ahogado…

—Klaus Plumm es el hombre que amo —dijo Maria Piamonte.

Apretó. Pareció que los ojos de Alida fuesen a saltar de las órbitas, todo su cuerpo se tensó. Luego, súbitamente, se relajó. Maria Piamonte se sorprendió realmente. ¿Había muerto ya, con un simple pinchazo en el hígado?

Tardó unos segundos en comprender que el pinchazo, simplemente, había dado lugar a un fulminante colapso cardíaco.

Se puso en pie, se quedó unos segundos mirando el cadáver de la asesina profesional, y por fin movió la cabeza.

—Chocante —dijo.

Dejó el punzón clavado en el cuerpo de Alida. No lo necesitaba para nada, ni lo había necesitado en ningún momento. Se subió la falda, dejando al descubierto sus espléndidos muslos, en uno de los cuales llevaba la pistolita de cachas de madreperla, y en otro la pequeña radio, ambas sujetas a la piel con tiras de esparadrapo. Arrancó suavemente la pistola, maravillada de la estupidez de aquella gente, que ni siquiera la habían registrado, cacheado.

¿Qué clase de bobos eran Spinelli y sus hombres? La respuesta era por demás simple: la clase de bobos que creen estar tratando con gente inferior, con pobres desvalidos. El juego de siempre: el malvado cree tener todos los triunfos…

—Chocante —dijo de nuevo.

Estuvo unos segundos reflexionando. Luego, recurrió a la pequeña radio, tras despegarla del muslo. Apretó el resorte de llamada.

—Sí, adelante —oyó enseguida la voz del gigante rubio que controlaba el Pompeia; la misma voz que la noche anterior—… ¿Eres tú, Helga?

—¿Klaus? —Siguió su propio juego la espía más astuta del mundo—. Klaus, ¿me oyes? ¡Oh, maldita sea, no consigo arreglar este maldito trasto…! Klaus, ¿me estás oyendo?

—Sí, sí, te estoy oy…

—Klaus, no puedo oírte, no sé si estás ahí, pero si estás, escucha

atentamente: he encontrado a tu amigo Helmutt, que está herido gravemente. Hay otro hombre con él, un tal De Vries, que tiene un balazo en una pierna. Les atacaron varios hombres cuando salieron del apartamento de un italiano llamado Cerato… Klaus, tu amigo Helmutt necesita ayuda, y yo no sé qué hacer. Estamos en un taller abandonado, o algo así, en Via Favencia, en el barrio de Chiadino, según me dicen. ¿Puedes venir? Klaus, ¿me oyes?

—Te oigo. Escucha, Helga, quiero saber cómo has encontrado a Helm…

—¿Me oyes? ¡Klaus!

—¡Te estoy oyendo! Y digo que quiero sab…

—Klaus, es el número 18 de Via Favencia. Vamos a esperar un par de horas, y si no vienes ellos tendrán que arreglárselas solos. Tenían radios, pero las perdieron, y también las armas… ¿Klaus? Te estamos esperando. Adiós.

Cortó la comunicación, sonriendo secamente.

Colocó de nuevo la radio en su muslo. Casi enseguida percibió la vibración de la llamada, pero no hizo caso: si contestaba, era tanto como demostrar que su radio iba bien, así que el gigante rubio podía ir llamando cuanto quisiera; no le haría el menor caso.

Fue hacia la puerta, la abrió, y asomó la cabeza. No había nadie en el pasillo. Salió, recorrió éste, y entró en la habitación donde estaba Número Uno… Lo hizo con tal firmeza y seguridad que dejó pasmados a Overk y Jan. El primero estaba de pie junto a la cama; el segundo había acercado una silla a la cabecera, y estaba inclinado sobre Número Uno, con el que, evidentemente, había estado conversando, o intentándolo.

Pero el pasmo de Jan y Overk duró bien poco: el tiempo justo de darse cuenta de que Maria Piamonte tenía una pistola en la mano. Overk lanzó una ahogada exclamación, y Jan comenzó a ponerse en pie, ambos moviendo la mano hacia sus armas, colocadas en las fundas axilares…

Plof, chascó el primer disparo de Baby.

La bala dio en el centro de la frente de Overk, que cayó hacia atrás, rígido, fulminantemente muerto. Chocó con Jan y cayó de bruces, mientras Jan, desorbitados los ojos, miraba al herido Klaus Plumm cuya mano izquierda se había cerrado en torno a su muñeca, inmovilizándole la mano.

—¡Suelta, idiota! —jadeó—. ¿No ves…?

—Es usted el que no ve —dijo Maria Piamonte—. No se mueva o lo mato.

La desorbitada mirada de Jan se volvió hacia la bellísima rubia. Luego, volvió al herido, cuya mano parecía de acero. El rostro de Jan se desencajó debido a la furia, mientras daba un tirón y comenzaba a ponerse en pie alzando su mano izquierda sobre la cabeza de Número Uno…

Plof.

La bala acertó a Jan en la sien derecha, le hizo girar levemente hacia la pared, cayó de rodillas, y luego de espaldas. Número Uno había soltado su presa.

Brigitte se acercó, colocó bien la silla donde había estado, y se sentó.

—No sé cómo te las arreglas —refunfuñó—, pero, herido o no, siempre estás en condiciones de hacer algo por mí.

—Lo habrías matado de todos modos —murmuró Klaus Plumm, o Angelo Tomasini, o Clark Coleman…, siempre Número Uno.

—Supongo que sí —admitió Brigitte—, pero me exaspera esta eficacia tuya, mi amor. A veces pienso que si nos estuviésemos ahogando los dos en un pantano de tres metros de fondo, me colocarías sobre tus hombros para que mi cabeza sobresaliese mientras tú te ahogabas con lodo, cieno y gusanos.

—Cuando termines tu discurso, avísame. Supongo que todavía quedan cosas por hacer.

—Oh, Dios mío, ¡siempre tan antipático!

—¿Tienes dominada completamente la situación?

—Casi completamente. Sólo quedan por ahí un par de cretinos.

—¿Y Alida?

—¿La chica guapa del punzón? Bueno… ¿alguna vez has oído ese refrán que dice «el que a hierro mata a hierro muere»?

—Espero que alguna vez aprendas a no meterte donde no te llaman. ¿Qué has dejado para mí?

—¿Para ti? Vamos a ver, mi amor: ¿de verdad puedes moverte, puedes caminar…, de verdad estás mejor de lo que parece?

Número Uno giró en la cama, se sentó en el borde, se inclinó hacia Brigitte, y la besó en los labios, tras tomar su rostro con sus grandes manos nervudas, quemadas por el sol.

—Cuando tú quieras —dijo luego.

—Oh, Uno, ¡estás loco! Puedo hacerlo sola. Todo lo que necesito es saber que estás bien, te dejaré una pistola de estos desdichados, y volveré cuando…

—Escucha bien esto —mascullló Número Uno—: te amo más cuando eres Brigitte que cuando eres Baby. ¿Lo entiendes?

—¡Nunca me habías dicho eso!

—En realidad, odio a Baby.

—¡Uno! —gimió Brigitte.

—La odio con todo mi corazón, porque sé que cualquier día Baby será la causante de que Brigitte muera. Y ahora que ya estás enterada, ¿qué hacemos? ¿Seguimos discutiendo o hacemos algo más… adecuado a las circunstancias?

—¿De verdad estás bien? —rió Brigitte.

Número Uno se puso en pie, se acuclilló junto a Overk, y le quitó la chaqueta, la funda axilar con la pistola, la camisa… Se puso todo esto sobre el fuerte vendaje, examinó la pistola, y luego señaló hacia la puerta.

—Estás pálido —musitó Brigitte.

—Es por el clima.

Fue hacia la puerta, la abrió, y salió. Maria Piamonte se apresuró a salir tras él. No se oía nada en la casa, ningún ruido…

Número Uno miró interrogante a Brigitte, que encogió los hombros, pero enseguida susurró:

—Quizás esté en la cocina. Se las da de gran gastrónomo…, pero le gustan las *pizzas*.

—A ti también te gustan.

—Sí, pero con Valpolicella.

Uno movió la cabeza, y siguió pasillo adelante. Llegaron al distribuidor. Enfrente estaba la puerta de la casa, a la derecha la puerta del saloncito, y hacia detrás de ellos, el pasillo que llevaba a la cocina…, y en el que, justo en aquel momento, oyeron primero las pisadas y acto seguido la voz de un hombre:

—Iré a preparar el coche, y llamaré por la radio a Hugo para que sepa que vamos a ir al barco a ver cómo están las… ¡Sergio! ¡La mujer y el herido…!

Esto lo gritó ya el hombre dando la vuelta y echando a correr hacia la cocina. El trallazo del disparo efectuado por Número Uno

con la pistola de Overk hizo estremecer los cristales de la casa, mientras el sujeto, que giraba el cuerpo con la pistola en la mano, recibía la bala en el cuello. Terminó su carrera deslizándose por el suelo hasta la puerta de la cocina, en la que asomó un brevísimo instante el rostro demudado de Sergio Spinelli.

Brigitte apuntó rápidamente hacia allí, pero la puerta se cerró con fuerte golpe, y desistió de disparar.

—Yo lo traeré —dijo Uno—. Vigila que no quede nadie más.

—No hay nadie más.

—De todos modos, vigila.

Se encaminó hacia la puerta, se colocó a un lado, y probó el pomo. Estaba cerrada con llave.

La mirada de Uno se volvió hacia Brigitte, que asintió y corrió hacia la puerta de la casa, salió de ésta corriendo hacia el coche, abrió la portezuela derecha trasera del vehículo, y se sentó en el asiento… Apenas lo había hecho cuando Sergio Spinelli apareció corriendo por un lado de la casa, jadeante, muy abiertos los ojos. Fue directo al coche, abrió la puerta delantera izquierda, se sentó ante el volante…, y quedó inmóvil cuando notó en la nuca el objeto duro y frío.

—¿De paseo, señor Spinelli? —Le llegó de atrás la voz de Maria Piamonte—. Si es así, tenga la bondad de esperar un momento: falta un pasajero. Pero usted no llegará a verlo sí mueve las manos después de colocarlas sobre el volante… Así. Buen chico. Aunque un tanto vulgar, ¿no? ¿O no le parece vulgar escapar por la puerta de servicio?

Sergio Spinelli aspiró hondo, y se pasó la lengua por los labios. De reojo, vio a Klaus Plumm salir de la casa, y acercarse tranquilamente al coche.

Abrió la portezuela, le quitó la pistola, y fue a sentarse junto a Maria Piamonte, que dijo, amablemente:

—Ahora sí, señor Spinelli, vamos allá. Cuando usted guste.

# Capítulo IX

—¿Qué hay, Scorcik? —preguntó Hugo Gorlitz.

—Viene Sergio —dijo el otro, señalando hacia fuera—. Y con él llega Maria Piamonte y el tal Plumm.

El gigante rubio se puso en pie, atónito.

—¿Klaus Plumm? ¡Pero si Alida casi lo mata…!

—Pues ahí llega, caminando tan campante. Parece que Sergio y él se han entendido. Y también con la psicóloga, está claro.

—De acuerdo, de acuerdo. Acompáñalos hasta aquí… Maldita sea, como no vengan pronto los demás con Helmutt y Jean, vamos a pasar apuros si los prisioneros se enteran de que estamos solos nosotros dos.

—El tal Plumm parece peligroso. Será una buena ayuda. Y también está Sergio… No perderemos el control.

Scorcik salió del camarín de mando. Regresó apenas medio minuto más tarde, acompañado de los personajes mencionados. El gigantesco Hugo Scorcik no se fijó en él, sino que se acercó enseguida a Sergio, sonriendo y tendiéndole la mano.

—¡Sergio, te iba a llamar para…! ¿Qué te pasa?

—¿Tiene usted una pistola, Hugo? —preguntó Maria Piamonte.

—Claro…

—Yo también —la bellísima rubia le apuntó el centro del rostro con su pistolita—. Y puedo matarle en una milésima de segundo. A menos que usted se desprenda dócilmente de ella, como ha hecho su amigo hace un momento.

Fue entonces cuando Hugo Gorlitz miró a Scorcik, y lo vio sombrío, hosco el gesto. Igual que el de Sergio Spinelli…

—Yo también tengo una pistola —dijo Klaus Plumm—. Mejor dicho, dos.

Mostró una pistola en cada mano. Gorlitz miró el rostro de Klaus Plumm, y lo vio pálido, un tanto crispado. Incluso le parecía

observar que los negros ojos de Plumm estaban un tanto velados, como fatigados… Claro: por fuerte que fuese, las dos heridas que le había infligido Alida le debían de estar mordiendo a fondo…

—No comprendemos sus vacilaciones, Hugo —dijo Maria—… En su lugar, nosotros ya habríamos obedecido. ¿O quizás está esperando que el resto de sus hombres regresen de Via Favencia?

La pregunta la hizo en alemán, adoptando el tono seco y áspero de la inexistente Helga. Hugo Gorlitz la miró con expresión desorbitada, y Maria Piamonte sonrió irónicamente.

—Pequeños trucos de artista del espionaje —explicó—, que espero sepa usted disculpar.

—Maldita zorra… —jadeó Gorlitz.

—No sea estúpido. Una de las reglas del juego, básica por excelencia, es saber perder. Ustedes han perdido. Ahora, por última vez, despréndase de su pistola, siéntense los tres, y charlemos. Nos van a decir algunos nombres de árabes… ¿Verdad que me comprende?

Hugo Gorlitz palideció aún más. Miró ahora a Sergio Spinelli, que desvió su mirada.

—Cobarde asqueroso —jadeó—… ¡Lo has dicho todo! ¿Qué esperas ahora? ¿Un premio? ¡Aunque saliésemos de ésta, tú mismo nos has condenado a muerte a todos, maldito seas, hijo puta de…!

De pronto, con la mano izquierda, empujó a Sergio Spinelli contra Número Uno, con tal fuerza que éste salió despedido contra la pared, emitió un grito ahogado de dolor, y cayó de rodillas…, mientras Gorlitz, enloquecido de furia y miedo, se abalanzaba contra Maria Piamonte, llevando la mano en busca de la pistola… Se movió con tal rapidez que el disparo de Brigitte solamente le alcanzó en el hombro izquierdo. Gorlitz lanzó un bramido, pero, ciertamente, aquella balita era del todo insuficiente para detener a un hombre de su envergadura física.

Sacó la pistola, y disparó, mientras Brigitte empujaba a Scorcik por delante de ella, fuertemente. Hubo un fuerte encontronazo entre Scorcik y Gorlitz, que ya estaba apretando el gatillo de su pistola… Scorcik lanzó un berrido, se llevó las manos al vientre, comenzó a doblarse sobre sí mismo, con expresión angustiada. Gorlitz lo apartó de un empujón, rugiendo…

Esta vez, la bala disparada por Brigitte le entró por la rugiente

boca, y se alojó en el cerebro. La cabeza de Hugo Gorlitz pareció sacudida por un golpecito, fue atrás, adelante... El gigante rubio quedó de pie, con los ojos velados súbitamente; sus brazos colgaron inertes, la pistola cayó al suelo...

Maria Piamonte se volvió hacia donde había caído Número Uno, pero éste no estaba en el mismo sitio, sino caído de bruces en el umbral de la puerta del camarín, alzando la pistola trabajosamente. No había ni rastro de Sergio Spinelli.

¡Crack!, tronó el arma manejada por Klaus Plumm. En el pasillo se oyó un alarido. Maria Piamonte saltó por encima de Klaus Plumm, apareció en el pasillo dispuesta a emprender la persecución de Spinelli si éste había resultado solamente herido. Pero no. Sergio Spinelli yacía de bruces en el centro del pasillo, con los pies hacia ellos.

Klaus Plumm se estaba sentando. Brigitte lo miró, incapaz de reaccionar mientras él se apoyaba con cuidado en la pared. Estaba lívido.

—Debiste... dejarme a Gorlitz para mí —jadeó Número Uno—. Él fue quien... ordenó que Kopf y De Vries me... me matasen...

Maria Piamonte se dejó caer de rodillas frente al hombre que amaba, y, de pronto, rompió a llorar.

—Me has engañado —gimió—... ¡Me has estado engañando todo el tiempo, no estás bien, sólo querías que yo no estuviese sola para terminar todo esto...! ¡Uno! ¡¡¡UNO!!!

Angelo Tomasini, Klaus Plumm, Número Uno, había cerrado los ojos blandamente, y se había deslizado de costado hasta el suelo. Y Brigitte Montfort, Maria Piamonte, Baby, se quedó mirando la mancha de sangre que comenzaba a extenderse por su espalda, empapando la chaqueta de Overk.

* * *

—Hola —le sonrió el sujeto—... ¿Cómo se siente?

Número Uno se quedó mirando a Felice Meneghini, que le contemplaba amablemente. Luego, miró hacia la portilla del camarote, donde se veía luz de sol. Volvió a mirar al sujeto desconocido.

—¿Dónde estamos?

—Navegando por el Adriático hacia el sur.

—¿Quién es usted?

—Felice Meneghini, señor Plumm. Soy amigo, créame.

—¿Dónde está… Maria Piamonte?

—Está charlando con Anton en el camarín de trabajo de Luigi. Luigi Montesco, el capitán del barco. Está usted en el Pompeia, ¿sabe? O sea, en la TVEF.

—Quiero ver a Maria.

—Lo comprendo. Ella le ama… desorbitadamente. Ha pasado cuarenta y ocho horas junto a usted, prácticamente sin dormir, hasta que ha estado fuera de peligro. Ahora sí que está usted bien, señor Plumm. No sé de dónde ni cómo, ella consiguió un médico, que llegó en helicóptero al barco, le curó a usted adecuadamente, le recetó unas inyecciones, de las que ya le hemos puesto varias… Todo está bien, tranquilícese.

—Estoy tranquilo. Quiero ver a Maria.

—Vendrá enseguida. Sólo han ido a buscar papel para escribir la emisión del próximo día. Señor Plumm: ¿puede usted conversar aunque sólo sea unos minutos?

—Creo que sí.

—Escuche… Ustedes dos me parecen… unas personas magníficas, de verdad. Pero, entre nosotros, y con sinceridad: ¿podemos confiar en la señorita Piamonte? No me mire así, pronto comprenderá por qué le pregunto esto. Verá usted, por indicación de ella, zarpamos inmediatamente de Trieste después de lo que pasó con aquellos hombres. Hemos tirado sus cadáveres al mar… Estoy un poco asustado, se lo confieso, pero eso no es todo. Y eso no es todo… Bueno, no sé cómo preguntárselo… Mmmm… La señorita Piamonte ¿está… bien de la cabeza? ¿Es de fiar? Parece una muchacha muy inteligente, pero… Bueno, espero que no esté… loca.

—¿Por qué piensa usted eso?

—Pues… Yo me he arruinado casi completamente detrás de todo este asunto de la TVEF, y, conversando, así se lo dije a ella. Me dijo que no me preocupase, que nunca me faltaría apoyo económico ni de ninguna clase a partir de ahora para la TVEF, mientras nos mantengamos dentro de nuestra línea inicial de emisiones, de programas…

—¿Y eso le parece de locos? —Gruñó Uno.

—Es que… me entregó un cheque contra un banco suizo por la cantidad de… de…

—¿Un millón de dólares?

—Dos. Dos millones de dólares, señor Plumm. Dijo que con este dinero yo podría comprar un barco mejor, con más condiciones para todos los que trabajamos en la TVEF, instalar un centro de mayor potencia en tierra firme, contratar más empleados… En cierto modo, señor Plumm, entiendo que la señorita Piamonte se ha convertido… en socio de la TVEF, a la que asegura que piensa ayudar en el futuro de todos cuantos modos sean necesarios. Bueno, es todo tan fantástico…

—Si ella le ha dado dos millones de dólares, señor Meneghini, yo le daré otros dos.

—¿Qué?

—Pero una cosa tiene que quedar clara: la TVEF seguirá operando bajo nuestra supervisión y aprobación. Mientras esto suceda, ustedes tendrán material, técnicos, y… personal adecuado de protección en la TVEF. ¿Lo entiende, señor Meneghini?

—Bueno, sí… ¿Usted también va a entregarme un cheque por dos millones de dólares? Perdone, pero es que me ha parecido oír eso.

—Eso he dicho.

—Aaah… Sí, eso creí oír. ¿De verdad tienen ustedes tanto dinero?

—Tenemos bastante más. Y no hay peligro de que nos arruinemos: entre Maria y yo podemos llegar a conseguir hasta diez mil millones de dólares.

—Ya. Claro, claro… ¿Y me regalan cuatro?

—Más si hiciesen falta. Y no discuta conmigo. ¡Y todavía menos con ella! Si se ha propuesto hacer esto para contribuir también de este modo a la felicidad humana, nadie podrá detenerla. Y fíjese, señor Meneghini, que digo NADIE.

Felice Meneghini asintió, y pareció a punto de seguir la conversación, pero la puerta se abrió, y entró Maria Piamonte, y detrás de ella Anton Yelikov.

Maria lanzó una exclamación al ver a Klaus Plumm con los ojos abiertos, y corrió a sentarse en el borde de la cama.

Se inclinó a besar los labios secos y ásperos de Uno, y luego se quedó mirándolo dulcemente.

—Parece que no te vas a morir —dijo.

—Yo también pondré dos millones —mascullló Klaus Plumm—. Y espero que se admitan algunas de mis sugerencias sobre la TVEF.

—Sí, mi amor.

—Y algunos de mis amigos irán en el nuevo barco.

—Sí, mi amor.

—Y se me escuchará cuando sugiera en qué parte de Italia o de Europa puede instalarse el centro emisor de tierra firme.

—Sí, mi amor.

—Muy bien —masculló Número Uno—. ¿Qué proyectos tienes en estos momentos?

—Desembarcaré, iré a Venecia a buscar la avioneta, te recogeré en el puerto que convengamos con el capitán Montesco, y volveremos a casa. Yo pilotaré, y tú contemplarás el mar. Cuando estemos en casa, cuidaré de ti, y no me iré hasta que estés completamente restablecido… ¿Estás de acuerdo?

Número Uno miró a Meneghini, que contemplaba a Maria Piamonte tan pasmado como Anton Yelikov. A Número Uno le gustaron Anton Yelikov y Felice Meneghini, y presentía que algo iba a cambiar en las vidas de Brigitte y de él, que podían luchar por algo hermoso. Sabía que Brigitte tenía imaginación, talento y bondad suficiente para intentar que la TVEF fuese algo importante. Ella podía conseguirlo todo, absolutamente todo…

Incluso algo que no era en modo alguno frecuente: que él sonriese.

Y pensando esto, Número Uno miró a Brigitte Baby Montfort, sonrió, y dijo:

—Sí, mi amor.

# Este es el final

—… y en definitiva —estaba diciendo Anton Yelikov—, todo fue un acto de maldad de personas que, afortunadamente, fueron apartadas del camino de la TVEF, de su sincero cometido de proporcionar a los seres humanos toda la felicidad posible, aunque sea por televisión. Y ya que hablamos de la televisión, amados amigos, vamos a analizarla un poco para ustedes. La televisión, como la radio y otros medios de gran comunicación con la masa humana, está hoy día utilizada de tal modo por los grandes poderes que su cometido básico consiste en manipular la mente de los televidentes. Solapadamente, hasta los más inocentes o aparentemente ingenuos programas llevan… consignas de comportamiento a la masa. No hablemos ya de la publicidad, no vale la pena. Hablemos de las intenciones de quienes deciden qué es le que puede emitirse o no por televisión. Esas intenciones son siempre las mismas: controlar el pensamiento, la conducta de las masas. Así, las televisiones oficiales nos enseñan a vivir la vida que «ellos» quieren que nosotros vivamos: trabajar, atender a la familia, cumplir el servicio militar, aceptar las autoridades que «ellos» han establecido, y a las que, mediante telefilmes o cualquier otra clase de programas, nos presentan siempre como ejemplo de rectitud y dignos de ser imitados. En cierto modo, nos convierten en robots que viven de acuerdo al programa que nos han preparado sobre nuestras vidas. Y esto es tan monstruoso que la TVEF no puede dejar de advertirlo. Es necesario que todos aprendamos a pensar de verdad. El ser humano es… demasiado grandioso y maravilloso para que viva una vida programada de acuerdo a las conveniencias de otros seres humanos que controlan el dinero y las mentes. Amigos: pensad todos, reflexionad, id apartando de vuestras mentes las consignas que indican que debéis aceptar todo lo que viene de «ellos». Solamente pensando, recapacitando sobre lo que es el ser

humano, llegaremos todos a comprender la maravilla que es la vida, y cada uno de nosotros se desarrollará conforme a sus auténticas aptitudes físicas, mentales, morales, espirituales… Y si eso se consigue, dentro de cien, doscientos o mil años, no habrá ya más guerras, ni morirá nadie de hambre en ningún continente; no habrá odios, ni mentiras, ni nadie vivirá a costa del sacrificio de nadie… Y esto será así porque seremos todos, absolutamente todos, tan inteligentes que comprenderemos, por fin, de una vez por todas, que sólo la bondad y el amor pueden justificar la existencia de algo tan increíblemente maravilloso y hermoso como es la Vida y el Ser Humano.

»Soy Anton Yelikov, de la TVEF, y me sentiré muy feliz si hoy, esta noche, he conseguido encauzar a una sola persona por el camino de la felicidad. Buenas noches y hasta el próximo miércoles.

Aparecieron las rayas en la pantalla. Brigitte se puso en pie, fue a apagar el televisor, y regresó a sentarse junto a Número Uno, en el sofá, llevando ya en cada mano una copa de champaña.

—Por la TVEF —brindó.

—Ese programa lo has escrito tú —murmuró Uno—. Lo sé. Es tu estilo.

—Bueno, digamos que ayudé un poco a Anton.

—¡Un poco…! Bueno, está bien. Pero ¿realmente esperas conseguir algo? ¿Crees que alguien empezará a pensar por sí mismo, a comprender lo que les has dicho por medio de la TVEF?

—Sí, lo creo. No hoy, quizá, pero quizá sí mañana, o dentro de un año, o de diez años… Mi amor, no se aprende a leer de golpe, ¿verdad? Primero hay que aprender la cartilla: a, b, c, pi-pa, pe-lo-ta, ma-má, pa-pá… Pues bien, también para alertar a las mentes humanas hay que empezar por la cartilla. Dame tiempo…, danos tiempo a todos. ¿Cien años? ¡Qué importa, si se consigue!

—Dentro de cien años, ni tú ni yo estaremos en este mundo.

—Eso es cierto —se compungió Brigitte—… ¡Y no creas que no lo siento!

—Si llegásemos a esa edad seríamos dos ancianos que no serviríamos para nada —Uno miró irónicamente a Brigitte—… ¿O sí?

—Bueno, los ancianos hacen lo mismo que los jóvenes: viven. Me sorprendería que alguien me convenciese de que un joven tiene

más derecho a la vida que un anciano. ¿Lo crees posible?

—No. Tienes la cabeza demasiado dura…, y el corazón demasiado blando. Y además, tienes razón. Resumiendo: oponerse a ti es una estupidez. ¿No estás de acuerdo?

Brigitte sonrió luminosamente, y puso su mano sobre la de Número Uno.

—Sí, mi amor —murmuró.

Y Número Uno se convenció, una vez más, de que era el hombre más afortunado del mundo.

**FIN**

# Notas

[1] Véase la aventura titulada *Bomba en Jerusalén*. <<

[2] Véase la aventura titulada *Oro rojo* < <

[3] SID, *Servizio de Informazione e Difensa*, el Servicio de Inteligencia de Italia. < <